

BUFFALO BILL

reed

W.O. Connor

923
OCT
1969



Illustration by **the**

1923
1967
1969

1969

Colección *FELICIDAD*
PUBLICACION JUVENIL

N.º 8

BUFFALO
BILL

Novela de
W. O. CONNOR

Versión de J. M. Pinilla



EDITORIAL FHER, S. A.

Villabaso, 9 - Bilbao (España)

TITULOS PUBLICADOS

- Nº 1 - La Isla del Tesoro
- Nº 2 - Robinsón Crusóe
- Nº 3 - Los Tres Mosqueteros
- Nº 4 - La Cabaña del tío Tom
- Nº 5 - Quo Vadis?
- Nº 6 - Miguel Strogoff
- Nº 7 - Ben-Hur
- Nº 8 - Búffalo Bill
- Nº 9 - Robin Hood
- Nº 10 - Aventuras de Dick Turpín
- Nº 11 - Los hijos del Capitán Grant
- Nº 12 - El Prisionero de Zenda

3342

Buffalo

BILL



CAPÍTULO PRIMERO

EL OESTE



XISTE en la epopeya de la colonización norteamericana un hombre que ha personificado siempre el valor, la resistencia, el sacrificio y las penalidades de aquellos esforzados colonizadores que recorrieron en pesadas carretas las despoladas llanuras del ignoto Oeste, llevando a ellas la civilización. Este hombre es William Frederick Cody, también llamado más familiarmente Búfalo Bill.

Le fué concedido el privilegio, antes de morir, de verse convertido en el héroe de mil fantásticas aventuras, que hicieron las delicias de los muchachos de todo

el mundo. El inolvidable explorador de las llanuras, con su ancho sombrero, su rifle y sus revólveres, llena toda una época de aventuras.

A pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, acaecida en Denver, Colorado, el 10 de enero de 1917, y del cúmulo de hazañas más o menos portentosas que el cine, la novela, el teatro y el circo, nos han mostrado desde entonces, el recuerdo de Búffalo Bill aún no se ha borrado, ya que nadie puede arrebatárle su más asombrosa virtud: la de ser un personaje real, que vivió entre gentes que lo apreciaron y admiraron, y quienes revelaron después sus portentosas aventuras. Búffalo Bill no fué ficción, sino realidad. Cientos de muchachos pudieron hablar con él y jamás lo olvidaron. Su vida no fué escrita por ningún novelista imaginativo, ni por un creador de personajes, sino por los periodistas de su época, que se limitaban a insertar en los periódicos sus proezas, pocos días después de ser consumadas.

Esta narración está inspirada en sus memorias, y no pretende ser una exacta copia de ellas. Pero servirá para ensalzar como se merece al gran hombre, situándolo en el gran escenario de sus queridas praderas, junto a los personajes que las habitaron.

Cuando los primeros colonizadores se adentraron en el desconocido Oeste, una enorme llanura de miles de kilómetros unía el río Missouri con California, solamente interrumpida por algunas montañas. Esta llanura era el refugio de todos los indios que existían entonces en Norteamérica, desterrados de la costa Este por las primeras colonias. El hombre blanco era considerado enemigo y se le perseguía con saña. Mataba sus rebaños de búfalos por puro capricho y, a veces, por represalia, martirizaba a los indios. Cuando Búffalo Bill apareció en esta escena, el odio entre «rostros pálidos» y pieles rojas era la nota predominante en ella.

En 1850, las caravanas que salían del Este no se adentraban más allá de Iowa, Arkansas o Missouri. Casi ninguna se atrevía a cruzar el terrible desierto, reino de los indios, que se interponía entre ellos y la soñada California. Algunos lo hicieron, pero tales hombres jamás osaron repetir la espantosa experiencia.

Ese era el panorama en el Oeste durante los años comprendidos entre 1840 y 1860.

CAPÍTULO II

UN MUCHACHO PRODIGIOSO



El 26 de febrero de 1846, vino al mundo William Cody, ... en las proximidades de una aldea denominada Le Clair, en una granja en Scott Country, estado de Iowa. Cody sólo contaba tres años cuando dió comienzo la mencionada fiebre del oro, y su padre, Isaac Cody, arrastrado por la avalancha de buscadores del preciado metal, decidió también viajar a California.

Sin embargo, no llegó a ella. Bruscamente, cambió de parecer y se dirigió a Kansas. Búffalo Bill contaba entonces ocho años. Durante aquel viaje tuvo lugar un incidente que habla bien claro del temple que ya poseía el muchacho.

Cierta noche, su padre había salido de caza y dejado en la carreta a su mujer e hijos. Rato después, al oír ruido, Bill se despertó. Salió de la carreta y vió como un indio desataba el caballo que él tanto apreciaba. Sin vacilar, tomó un rifle y preguntó al ladrón qué se proponía hacer.

—Llevarme este caballo —respondió tranquilamente el indio—. El mío es ya viejo.

—Es mejor que lo dejes donde está —replicó Bill, alzando el rifle y apuntando al indio. Algo vió este en el resuelto ademán del muchacho, en su mirada fría, que le hizo desistir de su propósito. Dió media vuelta y se fué.

Otra muestra de la extraordinaria entereza de Búffalo Bill a esa edad nos la ofrece el episodio del que fué protagonista su fiel perro Turk, que no solamente era muy querido de toda la familia Cody, sino también de vecinos y amigos, por los valiosos servicios que prestaba, en la caza y como guía.

Cierto día, dos de las hermanas de Cody salieron a pasear

hasta las proximidades de un bosque, en compañía de Turk. De pronto, el perro empezó a gruñir, mirando fijamente a la rama de un árbol. Las muchachas dirigieron su vista en esa dirección y descubrieron aterrorizadas a un enorme puma, a punto de arrojarse sobre ellas. Sin pensarlo más, dieron la vuelta y empezaron a correr hacia su casa, mientras el perro se quedaba a sus espaldas, cubriendo su retirada. Momentos después se oía un espantoso ruido de lucha: el puma y el can estaban empuñados en feroz duelo. Búffalo Bill, que había oído los aullidos de Turk y los gruñidos de la fiera, se aproximó, rifle en mano, con ánimo de defender al pobre perro, que indudablemente llevaba la peor parte en la desigual lucha. Se echó el rifle a la cara, apuntó serenamente y disparó. Era verdaderamente difícil hacer blanco en tales circunstancias, estando perro y puma enzarzados y revolcándose por el suelo. Un tirador con menos sangre fría que él no se hubiera atrevido, por temor a herir al perro. Sin embargo, fué el puma el que cayó abatido, salvándose así Turk de una muerte cierta, por lo que, agradecido, corrió a lamer las manos de su joven amo.

La existencia que allí llevaba Bill era dura. Tenía que trabajar mucho, pues el medio rústico en que se asentaba su casa forzaba a ello. Así, sus músculos se fortalecieron con la caza, las largas caminatas por los bosques, el derribo de árboles para las reparaciones de su vivienda y el acopio de combustible para el invierno. Y, del mismo modo, se endureció su espíritu, pues todo lo que le rodeaba era lo apropiado para forjar un verdadero hombre o abatirlo en la empresa. Era la época del aprendizaje del futuro héroe de la frontera. →

De su padre aprendió las artes de caza en los bosques, el seguimiento de pistas, y de él también los efectos de la persecución del hombre por los hombres. Los norteamericanos se hallaban divididos en dos bandos: esclavistas y antiesclavistas. El naciente estado de Kansas optó por la esclavitud. Pocos se desviaron de esta norma, y entre ellos Isaac Cody. Públicamente aireaba su ideal de libertad para todos los hombres, incluso los negros. Se enzarzaba en acaloradas discusiones con quienes ya habían decidido implantar la esclavitud, y no podían permitir que nadie se opusiera a ello. Hay que advertir que los que tal cosa pretendían eran gente de mala condición, aventureros la mayor parte, que carecían de escrúpulos

que les impidieran consentir la esclavitud. Contra tales sujetos tuvo que enfrentarse el padre de Búffalo Bill.

Fué amenazado de muerte y un amigo le aconsejó que huyera. No siguió el sensato consejo y con nuevos bríos salió a la calle, dispuesto a defender sus ideales a toda costa. No tardó en verse envuelto en una seria discusión, en la que salieron a relucir las armas. Sólo la intervención de un grupo de personas neutrales impidió que allí mismo lo mataran. Por la noche, sus enemigos acudieron a su casa, alardeando de fuerza y haciéndole ver que su permanencia en Kansas sólo significaba su muerte.

Los días siguientes fueron de verdadera prueba para la familia Cody. Continuamente trataban de provocar a Isaac y este, a causa del número de enemigos, tuvo que buscar refugio en las montañas, en las que pasaba días enteros, y hasta donde iba Bill sigilosamente para llevarle la comida.

Sin embargo, aquella situación no se podía prolongar, y el padre de Bill optó por abandonar Kansas.

Dos años después, su esposa recibió una nota suya en la que le anunciaba que se hallaba en el fuerte Leavenworth y que pensaba pasar una noche con ellos. Desgraciadamente, también sus enemigos se enteraron del aviso y decidieron tenderle una emboscada. Bill tuvo conocimiento de lo que tramaban y, la noche del regreso de su padre, a pesar de encontrarse bastante enfermo, con fiebre y muy debilitado, se despidió de su familia, que en principio se opuso a su propósito, montó en su pony y salió al encuentro de Isaac, con ánimo de prevenirle de lo que contra el preparaban.

Pensaba cabalgar hasta Grasshopper Falls, que se hallaba a una distancia de cincuenta kilómetros. En pleno camino, una voz le dió el alto.

—¡Detente, sea quien seas!

Bill pensó con rapidez. Indudablemente, eran los enemigos de su padre, que ya se hallaban apostados, esperándole; si les obedecía, le retendrían allí, y por lo tanto no podría advertir a su progenitor del peligro que corría. Era necesario seguir cabalgando, a despecho de ellos. Entonces, empleó una de las tretas que tan famoso le iban a hacer en épocas posteriores. Recordó lo que los indios solían ejecutar cuando trataban de huir a caballo: Se echó a un lado de su montura, de modo que el cuerpo de esta le ocultara casi por completo, y la espoleó.

Raudo, pasó el pony con su inclinada carga por entre los apostados. Bill sabía que enseguida harían uso de sus armas y así ocurrió. Varias balas pasaron silbando por encima del caballo. Su ánimo no desfalleció.

—¡Afinad la puntería! —oyó rugir a sus enemigos—. ¡Es necesario hacerle caer de ese maldito caballo!

Pero Bill consiguió salvar ileso la distancia peligrosa. Cuando se enderezó nuevamente, la sonrisa iluminaba su semblante curtido. Había triunfado aquella vez.

De allí hasta Grasshopper Falls el camino no le ofreció nuevas sorpresas. Llegó en el mismo momento en que su padre se disponía a emprender el viaje, notificándole lo que se preparaba contra él. Isaac desistió de ponerse en camino, naturalmente, y dió gracias a su hijo por su intrépida acción. Allí mismo, Isaac Cody presintió el valeroso espíritu que se encerraba en el muchacho, quedando orgulloso de él.

Desgraciadamente, no pasó mucho tiempo sin que la tragedia que Bill evitó aquella vez cayera sobre su familia. Una enfermedad se llevó de este mundo a Isaac. Fué aquel un rudo golpe para los desamparados Cody.

Desde su instalación explotaban una granja, pero las malas cosechas primero y las forzadas ausencias del padre después, motivaron que los productos que se obtenían de ella fueran pobres, de resultas de lo cual se hizo preciso hipotecarla para salir de apuros. En el preciso momento de la muerte de Isaac pesaba sobre ella una fuerte hipoteca.

—Dentro de dos meses vence el plazo —les comunicó personalmente el acreedor, con gesto huraño—. No esperaré ni un día más. Si no pagan, se quedarán sin la granja.

—Yo trataré de ganar el dinero que hace falta —dijo resueltamente, Bill.

—¿De qué modo? —quiso saber su madre.

—Ofreciendo mis servicios a la Compañía Russell, Majors y Waddell. Me admitirán como ayudante de conductor

La mencionada Compañía se dedicaba al transporte de carga desde el Este al Oeste, atravesando las monótonas y peligrosas llanuras y las montañas.

—Pero eres muy joven para desempeñar un cargo en esas expediciones —replicó su madre, alarmada—. No te admitirán.

También sus hermanas trataron de disuadirle de su pro-

pósito, pero al ver que estaba resuelto a llevarlo a cabo, le dejaron partir.

Bill se dirigió al despacho del señor Majors, que conoció a su padre y sabía le apreciaba. Le expuso brevemente su idea y esperó su contestación.

—Así que el hijo de mi buen amigo Isaac pretende trabajar de «extra» en nuestra Compañía —sonrió, cariñosamente, admirando la osadía de aquel chiquillo—. ¿No comprendes que yo sólo puedo emplear a hombres? El trabajo en las carretas es duro y se halla lleno de peligros.

—Pero de «extra» puede ir cualquiera —arguyó Bill—. No he de hacer más que ayudar a los demás, echar una mano aquí y allá. Déjeme ir, señor.

—Aunque vayas de peón no por eso los peligros disminuirán —dijo el señor Majors—. Francamente, no me atrevo a exponer a un niño a tales riesgos. Creo que deberás buscar otro empleo.

Pero ese otro empleo, sabía Bill, no sería tan remunerador como el de «extra» en la carretas. Insistió. Refirió al dueño de la Compañía el apuro en que se encontraba su familia. Finalmente, el señor Major accedió.

Aún se conserva el documento firmado por Bill, por el cual se comprometía a prestar sus servicios a la Compañía. Decía así:

«Yo, William Frederick Cody, juro solemnemente ante Dios que, durante el tiempo en que esté como empleado de Russell, Majors y Waddell, bajo ningún pretexto usaré lenguaje grosero, ni discutiré con ningún otro empleado de la Compañía, y mi conducta será siempre ejemplar. Acataré las ordenanzas establecidas y jamás tendrán queja de mí mis superiores. Ruego a Dios que me ayude a alcanzar tales propósitos.»

Para que nuestros lectores se den una idea de la importancia del paso que acabada de dar el joven Bill, así como del valor que demostraba con ello, expondremos en dos palabras la naturaleza del empleo que acababa de abrazar. En aquel tiempo, y no existiendo el ferrocarril, los transportes a través del desierto y las praderas tenían que realizarse por medio de carretas, arrastradas por quince o más yuntas de bueyes. La Compañía Russell, Majors y Waddell era la más importante y disponía de varios cientos de carretas enormes. Los viajes se realizaban en convoyes, formando fila las carretas de la Com-

pañía, a la que se sumaban los vehículos particulares que buscaban protección en la fuerza que suponía la unión del numeroso personal que guiaba los carros y los protegía, ya que cada convoy iba rodeado de gente armada.

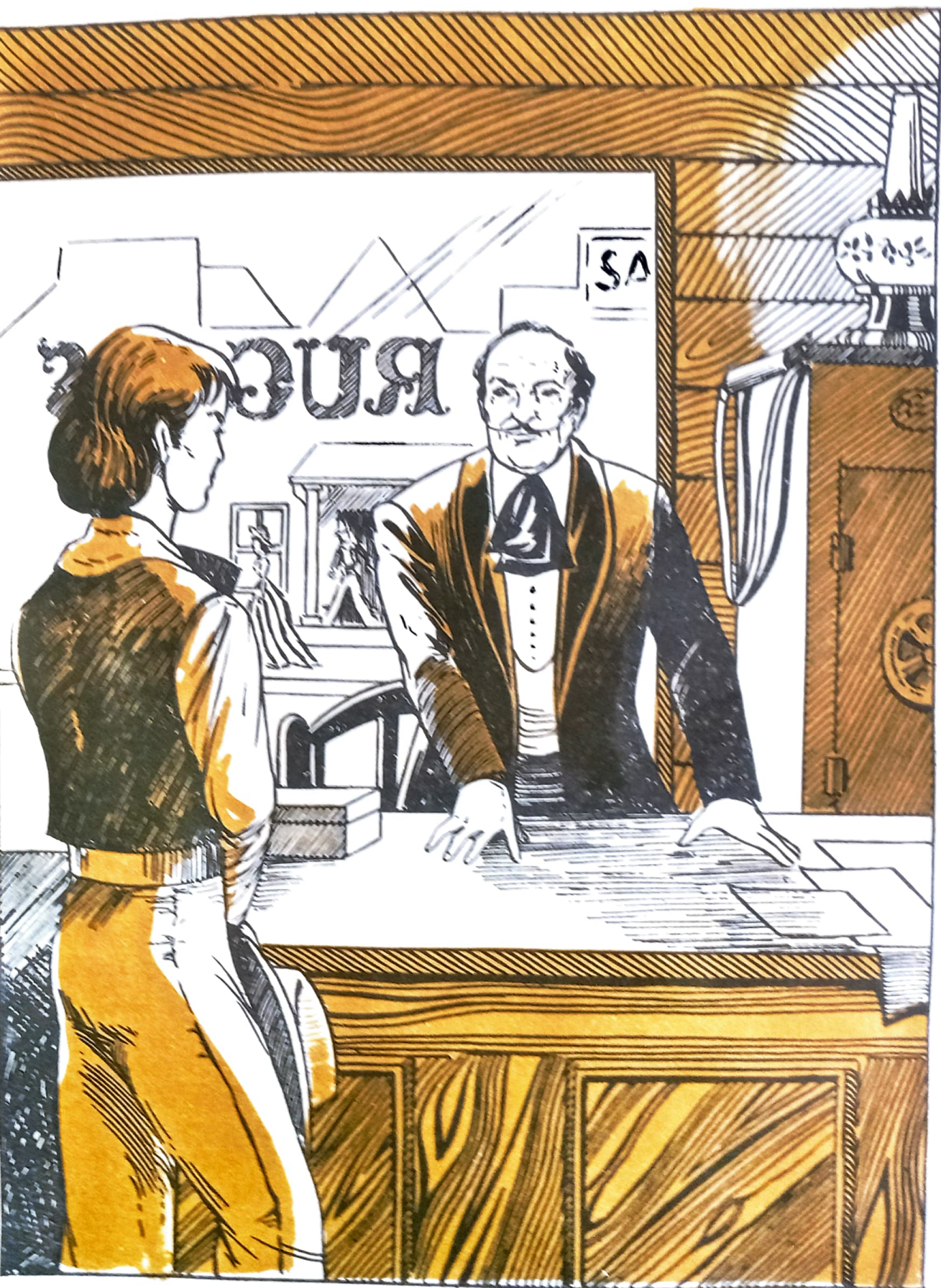
Los viajes duraban, aproximadamente un mes, con descansos por la noche y el día. El largo recorrido se hallaba lleno de peligros. Era rara la caravana que llegaba a su destino sin haber sufrido algún ataque de los indios. Búffalo Bill estaba enterado de todo ello, no en vano había escuchado atentamente los relatos de muchos «frontiermen». Y, a pesar de ello, deseó viajar en los convoyes, sin sentirse amedrantado. Acaso fué, el más joven empleado que ninguna compañía de carretas tomó a su servicio.

Su primer viaje, fué para él una maravillosa experiencia. Soportó estoicamente las fatigas y las privaciones, durmió bajo los carros y se extasió en la contemplación del soberbio espectáculo de llanuras, desiertos y montañas. Llegó a gustarle tanto todo ello, que acaso deseó, para completar el cuadro, sufrir un ataque de los pieles rojas. Pero en aquel viaje no lo hubo.

Llegado a su destino, que era el fuerte Kearney, al que el convoy había llevado provisiones de boca y municiones, se pagó a Bill su sueldo y quedó en libertad de enrolarse nuevamente o seguir otro rumbo, según la modalidad de los contratos de la época. Aquél dinero lo envió a su madre y alivió su situación.

No tardó en emprender un nuevo viaje, después de haberse dedicado por poco tiempo a la cría de ganado por su cuenta. El destino de este segundo viaje era Salt Lake City, la ciudad de los mormones, y en él debía llevar una recua de ganado vacuno por cuenta de los hermanos Frank y Billy Mac Carthy, para entregarla al general Albert Sydney Johnston, que con su tropa luchaba contra la mencionada secta.

El viaje dió comienzo con gran tranquilidad. Pero al llegar a Plum Creek y acampar, los hombres que cuidaban de aquel ganado no se preocuparon de dejar suficiente guardia y se tendieron a dormir confiadamente. Solamente tres centinelas vigilaban el ganado. De pronto, les sobrecogió un vocerío infernal: ¡los indios atacaban; acababan de matar a los tres centinelas. El pánico estuvo a punto de cundir, pero los hermanos Mac Carthy reaccionaron y, fogueados en aquella clase de escaramuzas, ordenaron la defensa. Fueron colocados los ca-



Así que el hijo de mi buen amigo Issac pretende trabajar de "extra"
en nuestra compañía

ros en la clásica formación circular y los hombres empezaron a disparar. El primer ataque de los indios fué contenido. Pero llegó un segundo y un tercero. Bill disparaba frenéticamente junto a sus compañeros, comportándose valerosamente. Entre ataque y ataque, los indios se retiraban, reorganizando sus fuerzas, y volvían con nuevos bríos a la carga. En uno de tales descansos, se propuso entre los defensores intentar la huída, antes de que los pieles rojas recibieran refuerzos y los aniquilasen con el número. Fué aceptada la idea, especialmente porque no era descabellado el tratar de alcanzar el río South Platte y parapetarse en sus barrancos.

Así se hizo. Un hombre cargó con un herido y abandonaron la protección de los carros, dirigiéndose lo más aprisa posible hacia el río. Pero los indios no consintieron que realizaran su plan. Nuevamente, atacaron, obligando a los pobres blancos a parapetarse tras un montículo. Las descargas de sus armas detuvieron otra vez a los salvajes, pero la situación era ya casi desesperada. Entonces, uno de los hermanos Mac Carthy ordenó que salieran del agujero en que se habían refugiado y se intentara llegar corriendo al río, vadearlo y disparar desde la otra orilla.

—¡Es nuestra única solución, compañeros! —gritó—. Hemos de irnos replegando poco a poco hasta regresar al fuerte Kearney.

Sin pensarlo más, los fatigados atacados salieron a campo abierto y corrieron hacia el río, siempre con el herido a cuestas. A pesar del impedimento de los indios, consiguieron alcanzar la ribera opuesta, desde la que dispararon para contener otro ataque y luego emprendieron la marcha hacia el fuerte. Construyeron una balsa, en la que instalaron al compañero herido y de este modo el camino se hizo menos pesado. Incluso en ocasiones, cargaban la balsa con sus pesadas armas y así poder andar más descansadamente.

Con las preocupaciones, nadie se acordó de Búfalo Bill, quien, a pesar de los esfuerzos que hacía, y a pesar de su robusta naturaleza, se iba quedando atrás. Era natural que un niño de once años se sintiera agotado después de la terrible prueba que había tenido que sufrir, y aún seguía. Llegó a apartarse muchos metros de los suyos. Era de noche. Se sintió tan fatigado que pensó descansar unos momentos. Se sentó y, en aquel momento, vió cerca de él una cabeza emplumada, que

vigilaba los movimientos de sus compañeros. Si no actuaba rápidamente, aquel indio regresaría junto a los suyos y les advertiría dónde se encontraban sus perseguidos. Bill no lo pensó más. Armándose de todo su valor, alzó su rifle y disparó cuidadosamente. Un indio gigantesco cayó a sus pies. Pero no se hallaba solo. Inmediatamente, un griterío se alzó a su alrededor, anunciándole que se hallaba rodeado de salvajes, a los que no había presentido. Pero el disparo también sirvió para que sus amigos retrocediesen y rodearan a Bill.

—¿Has disparado tú? —le preguntó Frank Mac Carthy.

—Sí —respondió el muchacho nerviosamente.

Y todos pudieron ver al enorme indio, tendido allí cerca, sin vida, quedando maravillados de la hazaña de su joven compañero, al que felicitaron.

Para alejar a los pieles rojas, dispararon contra ellos, y aunque era de noche y no era posible apuntar debidamente por la oscuridad, consiguieron que los salvajes les dejaran libre el camino, pudiendo así regresar al fuerte Kearney con el herido, sanos y salvos.

La noticia de la proeza de Búfalo Bill fué conocida de todos rápidamente, convirtiéndose de la noche a la mañana en un personaje famoso.

Pocos días después, un periodista solicitó entrevistarle, y al día siguiente, en un importante periódico de la localidad apareció un reportaje que, en tono sensacionalista, relatava la aventura de Bill y sus compañeros, y la muerte del indio en manos del muchacho. Llevaba el artículo el título siguiente: «El más joven cazador de indios de la frontera».

En sus memorias, Búfalo Bill escribió lo siguiente con respecto a este simpático incidente. Con la inocencia de mi corta edad, experimenté una gran alegría por esta rápida fama que había adquirido. Devoré ávidamente las líneas del periódico en las que se narraba la aventura de Plum Creek. Estaba escrita en forma emocionante, especialmente lo relativo a mi encuentro con el indio. Aquello consiguió que mi nombre fuera repetido admirativamente en toda la región».

CAPÍTULO III

UN ENCUENTRO CON LOS MORMONES



URANTE cierto tiempo, Búffalo Bill trabajó a las órdenes de un tal Willis, guía de carretas, pero al tener conocimiento de que se estaba organizando una caravana a Salt Lake City, para aprovisionar a las fuerzas del gobierno que vigilaban la región de Utah, se despidió de él. Dichas fuerzas estaban bajo el mando del general Johnston y tenían la misión de mantener a raya a los mormones, extraña secta fundada por el visionario Jee

Smith.

Cody se sentía radiante. Como empleado de la Compañía Russell, Majors y Waddell, fué contratado para formar entre los miembros del convoy, al que el veterano arriero Lew Simpson había aportado diez carretas, según la costumbre de la Compañía de reclutar conductores con carros propios.

—Tú serás mi ayudante, Bill —le dijo a Cody.

Y nuestro muchacho quedó encantado de servir a tan experimentado conocedor del Oeste y de los indios.

Por fin, tras ultimar los necesarios preparativos, la caravana se puso en marcha. Se componía de veintiocho enormes carretas, construídas especialmente para tales viajes en San Luis, sólidas, a prueba de malos tratos y que podían llevar hasta tres mil kilos.

El viaje se deslizó sin incidentes hasta llegar al río South Platte. Allí se acampó, precisamente en el mismo lugar donde Cody y sus compañeros de la anterior expedición vieron cómo los indios espantaban el ganado que conducían, destinado al general Johnston. Tres cruces clavadas en el lugar donde ha-

bían sido enterrados los tres amigos de Cody, eran el único recuerdo de aquella escaramuza.

Pasada la noche y, a poco de ponerse nuevamente en marcha la caravana, vieron los que iban en su cabeza, que eran entre otros, Simpson y Cody, que un jinete se acercaba. No detuvieron la marcha, pero tampoco apartaban la mirada del recién aparecido. Bill se volvió a su compañero, pero este parecía tan extrañado como él. Verdaderamente, era poco frecuente ver a jinetes solitarios por aquellos lugares, que resultaban peligrosos hasta para las caravanas numerosas y bien armadas.

Poco después, el desconocido llegaba a ellos. Era un hombre flaco y de mirada inquieta. Sonrió forzadamente.

—¿Es usted el «wagon-master»? —preguntó, mirando a Simpson—. Busco trabajo. Puedo trabajar de boyero, pues conozco bien el oficio. Me consideraré pagado solamente con la protección que esta caravana me puede proporcionar.

Simpson se pasó su manaza por la barba.

—¿Hacia dónde se dirige, amigo? —preguntó.

—A Utan —respondió lacónicamente el hombre.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Me he desviado de la ruta que seguía otro grupo de viajeros, cuyo destino era diferente al mío.

Tras estudiar nuevamente al desconocido de arriba abajo, Simpson concluyó:

—¡De acuerdo! Puede viajar con nosotros. Vaya al carro número catorce y allí le dirán lo que debe hacer. ¿Cómo se llama?

—Joe Smith.

Este, después de saludar imperceptiblemente con la cabeza, se apartó de la carreta y se dirigió a su puesto. Simpson levantó el látigo y gritó:

—¡Arre, mulas!

La caravana reanudó la marcha. Cody miraba frecuentemente hacia atrás, hacia la carreta catorce. El recién empleado, ya había entrado en funciones, y caminaba junto a los bueyes. Su caballo lo había enganchado a la parte trasera de la carreta.

—No es nombre muy raro, que digamos, ese de Joe Smith —comentó Simpson y agregó—: ¿Por qué le miras tanto?

Cody ocupaba el pescante junto al viajero arriero. Se habían hecho muy amigos.

—No sé —respondió el chico.

—¿Acaso te infunde sospechas?

—No sé.

—Es delgado, con cara de sueño —dijo Simpson, echándose a la boca un puñado de tabaco de mascar—. No me gusta la gente que duerme poco.

—No le encuentro nada raro —murmuró Cody, pensativo— pero no sé si me gusta o no.

No obstante, Cody, presintiendo que aquel hombre traía alguna oculta intención, se dedicó a vigilarle. Y observó un hecho muy curioso: que desconocía en absoluto todo lo que se relacionaba con la vida en las caravanas. ¿Por qué dijo, entonces que era boyero?

También se dió cuenta Cody de que el tal Joe Smith procuraba siempre mantenerse apartado, no tomando parte en las conversaciones.

—Si quiere saber si me gusta ese Jose Smith o no —dijo Cody a Simpson, dos días después—, le diré que no.

Seguidamente, le explicó el motivo de sus recelos.

—Eres observador, chico —replicó el «wagon-master»— Ya me había dado cuenta de eso. Es necesario que estemos alerta.

Muy resuelto, al día siguiente, Cody se dispuso a seguir observando muy de cerca a Joe. No lo vió. Preguntó por él, pero nadie le supo decir dónde se hallaba. Un presentimiento lo dominó. Corrió al encuentro de Simpson.

—¡Ha huído! —exclamó—. ¡Ya ha conseguido saber lo que se proponía de nosotros y ha huído!

Simpson, comprobó en seguida que eso era cierto. Encontraron las huellas de su caballo, que se perdían en las aguas del río. Simpson aconsejó a Bill que olvidara el incidente, ya que, aseguró, posiblemente carecería de importancia.

Seis u ocho días después, sucedió algo que a punto estuvo de dar al traste con la caravana entera. En pleno día y en plena marcha, vieron acercarse un grupo de jinetes. Fueron empuñadas las armas. Pero, afortunadamente, los visitantes no eran gente peligrosa, sino cazadores de búfalos. Como habían visto muchos en las orillas del río que se deslizaba paralelamente al camino que seguía la caravana de Bill, pensaron que

podrían cazar bastantes si se lanzaban sobre ellos. Pero sucedió que los animales se espantaron. Y vino la tragedia.

Nadie que no haya visto una espantada de un rebaño numeroso de búfalos sabrá lo que eso significa. No existen palabras para describirla. El aire se llena de un tronar de cascos y pezuñas y el polvo que levantan impide ver en absoluto. Y no es posible desviar su camino. Una vez que han tomado una dirección, pueden arrollar una montaña. Aplastan todo lo que se opone a su paso. La tierra tiembla y parece que ha llegado el fin del mundo. Búffalo Bill adquirió allí una valiosa experiencia acerca de uno de los poderes más grandes de todo el Oeste.

—¡Vienen hacia aquí —gritaron los hombres del convoy, despavoridos.

En efecto, acorralados entre el río los cazadores y los carros, los búfalos optaron por arremeter contra estos. La masa de cuernos avanzó impetuosa. Como un rodillo, los primeros búfalos derribaron carros y bueyes, pasando sobre ellos y destrozándolo todo. Los hombres trataron inútilmente de evitar la catástrofe. Pero hubieran tenido que ser titanes para conseguirlo. Cuando pasó el rebaño de búfalos, lo que quedaba de la caravana no merecía el nombre de tal. Los carromatos estaban volcados, las mercancías esparcidas por doquier, y los bueyes y mulas, rotas sus amarras, corrían por los alrededores, espantados también por lo que acababan de contemplar.

Cuando los bisontes pasaron, los hombres del convoy emplearon un día entero en componer los carromatos y recoger los desmandados bueyes y mulas. Tras denodados esfuerzos, se pudo conseguir, después de lo cual, la caravana proseguía su interrumpido viaje.

—Son cosas de nuestro oficio —comentó Simpson, mirando a Bill. Y aquellas fueron las únicas palabras que empleó para referirse al desastre que acababan de salvar.

Días después, se detuvieron a almorzar en las riberas del Green River, en las montañas Rocosas. Simpson aprovechó la ocasión para llevar los bueyes a beber al río, a un punto situado a cierta distancia. Le acompañaban Cody, su ayudante George Wood y algunos pocos hombres. Cumplida la misión y, cuando regresaban, distinguieron un grupo de jinetes que se aproximaba al galope. Eran unos veinte. El hecho de que se trataba de hombres blancos llevó cierta confianza a nuestros amigos.

Iban armados con revólveres y rifles y, cuando estuvieron bastante cerca, uno de ellos, el que se mantenía en cabeza, se adelantó. Era un individuo que ostentaba oscura y poblada barba.

—¿Qué tal está, Simpson? —preguntó, secamente.

Simpson le miró fijamente, sin reconocerle. Respondió vagamente y esperó a que el otro expusiera sus propósitos. Para entonces, ya habían rodeado los recién llegados a Simpson y los suyos, en maniobra llevada a cabo hábilmente y con rapidez. El lugar donde se hallaban no podía ser visto desde la caravana, por lo que no hacía esperar auxilio de ésta.

—Despójense de sus armas, caballeros —agregó el sujeto.

—Lo haremos con mucho gusto... a nuestro modo —respondió Simpson, agresivamente.

—Le aconsejo que siga mi indicación —dijo el jefe del grupo.

Los cañones de varias armas apuntaron sus bocas hacia el pecho del arriero. Este comprendió que era exponer inútilmente su vida y la de sus compañeros.

—¿Quién es usted? —preguntó.

En aquel momento, a su lado, Cody ahogó una exclamación. ¡Acababa de reconocer a aquel hombre!

—¿No me recuerda? —preguntó el sujeto.

Bill se inclinó al oído de su compañero y le susurró un nombre.

—¿Joe Smith! —exclamó Simpson. Y agregó, mirando al hombre que tenía delante—: ¡Siempre he despreciado a los espías!

—¿Nunca ha oído hablar de Joe Smith? —inquirió éste, no con jactancia, sino evidentemente para aclarar una situación.

—Es un nombre muy vulgar —respondió Simpson.

—Pero es el de alguien de quien se habla mucho.

Entonces, Simpson comprendió.

—¿Es usted Joe Smith, el cabecilla de los mormones? —preguntó.

El aludido asintió en silencio.

Los mormones componían una extraña secta religiosa, cuyos miembros, huyendo de la persecución del gobierno, se habían refugiado en las llanuras de Utah y fundado la ciudad de Salt Lake City.

Momentos después, Simpson y sus compañeros eran desarmados y conducidos al campamento de la caravana, en donde

vieron, con sorpresa, que todos los hombres que la componían estaban bajo custodia, por haber sido sorprendidos igualmente y desarmados. Joe Smith se había especializado en tal clase de golpes de mano, por lo que era muy temido.

—Es fácil de realizar, una vez conocido el terreno que se pisa —explicó a Simpson, al advertir el asombro de éste por el hecho de que se hubiera apoderado de la caravana entera sin disparar un solo tiro—. Lo único que necesité fué conocer las costumbres de ustedes, para lo que permanecí varios días en su agradable compañía. En realidad, no queremos hacerles daño, sino evitar que las municiones y las provisiones que transportan lleguen a poder del general Johnston, que nos combate sañudamente. Nos llevaremos lo que podamos y lo demás lo quemaremos.

—¿Y cuál va a ser nuestro destino? —preguntó Simpson.

—Permitiremos que regresen vivos con los suyos. Les dejaremos provisiones suficientes para el viaje.

—¿Sólo provisiones? —exclamó, enfurecido, Simpson—. ¿Quiere que atravesemos las llanuras a pie?

—Pueden hacerlo —contestó lacónicamente Joe Smith.

Simpson tachó a Smith de verdugo y otros calificativos parecidos. Cody, que asistía a todo ello emocionado, temió que el mormón montara en cólera y acabara allí mismo con ellos. Pero no sucedió tal cosa. Simpson le rogó que, al menos, les concediera una carreta y seis yuntas de bueyes y Joe Smith, tras corta deliberación con sus hombres, consintió en ello. Pero Simpson aún no quedó satisfecho.

—Sería enviarnos a una muerte cierta si nos obligara a emprender este viaje sin arma alguna —protestó—. Usted sabe lo que significa cruzar las praderas desarmado.

Joe Smith consultó nuevamente con los suyos la petición.

—De acuerdo —dijo—. Tomen sus armas, recojan lo que necesiten y suban a esa carreta que han separado mis hombres.

—Sabía que lo haría usted —dijo Simpson, gravemente—.

Así, pues, todos los hombres de la caravana se instalaron en la carreta que les había destinado Joe Smith, con provisiones suficientes para el viaje y armas, y emprendieron el triste regreso. No se habían alejado mucho, cuando vieron arder los carromatos que dejaron atrás y oyeron el estallido de las municiones que debía haber recibido el general Johnston. La expedición había fracasado completamente.

—Esta es la vida, Bill —sonrió amargamente Simpson, mirando al acongojado muchacho—. Unas veces se gana y otras se pierde.

Bill se puso a pensar en lo que acababa de suceder y llegó a la conclusión de que, en un país como aquél y en una región con las características del Oeste, era necesario permanecer siempre alerta, no confiar en desconocidos y presentir los hechos antes de que sucedan, aunque sea milésimas de segundos antes. Tal experiencia y tales consecuencias se grabaron bien en su mente infantil y, en años venideros, le salvaron más de una vez la vida.

CAPÍTULO IV

EL FORTIN IMPROVISADO



El carromato llegó al fuerte Bridger en el mes de noviembre y su entrada en él estuvo rodeada de expectación. Se narró lo sucedido y se optó por pasar el invierno en el fuerte, pues lo avanzado de la estación hacía peligroso los viajes por las desconocidas praderas. La nieve y los indios eran amenazas con las que no los avezados «frontiermen» deseaban habérselas.

En la misma situación se encontraban unos cuatrocientos empleados de la Compañía Russell, Majors y Waddell. Por lo tanto, el número de los que deberían permanecer en el fuerte Bridger era excesivo para la cantidad de provisiones con que se contaba. Sin embargo, como no había otro remedio, hubo que afrontar la difícil situación. No pasó mucho tiempo sin que fuera necesario alimentarse con los bueyes y las mulas.

Afortunadamente, poco antes de dar comienzo la primavera, llegó al fuerte una pequeña caravana de carretas, desti-

nadas también al ejército del general Johnston. No será necesario decir la alegría que inundó a los hambrientos invernantes.

Al llegar la primavera, todos los que habían sufrido el invierno en el fuerte, decidieron emprender el camino hacia el río Missouri. La ruta pasaba por el fuerte Laramie y en él se confiaron a Simpson dos enormes convoyes, cuya meta era el fuerte Leavenworth.

Naturalmente, Cody le acompañó, pues se habían hecho amigos inseparables.

Las dos caravanas marchaban a una distancia de veinte kilómetros una de otra y, cierto día, Simpson ordenó a su ayudante George Wood y a Bill que le acompañaran para realizar una visita de inspección al primer convoy, pues ellos viajaban en el segundo.

—Cuando quiera —sonrió Cody, después de prepararse, mirando a su amigo radiante, ya que le entusiasmaba la actividad y la perspectiva de aventuras.

—¡En marcha! —exclamó Simpton.

Y los tres jinetes se lanzaron al galope a través de la llanura. Cody no se pudo quejar: no habían recorrido diez kilómetros, cuando se vieron envueltos en la aventura. Un numeroso grupo de indios surgió a su derecha, cortándoles el paso.

—Tenemos pocas probabilidades de huir, pero hemos de intentarlo —gritó Cody. Y fué a espolear su cabalgadura, pero Simpson le detuvo.

—¡Desmontad los dos! —exclamó.

Así lo hicieron. Simpson sacó su enorme revólver y de tres disparos mató a los tres caballos.

—Es necesario —explicó—. Ahora, ayudadme a colocar estos animales en triángulo. ¡Pronto!

Los indios estaban casi encima de ellos. En un instante, los pobres bestias fueron colocadas como indicara Simpson, y los tres compañeros saltaron al interior del improvisado fortín. Una vez que se hubo instalado, Cody pensó que los indios no parecían tan feroces.

—Es una estratagema que empleó cierto amigo mío, según me contó —explicó Simpson—. Los indios le atacaron, como ahora a nosotros, y el hecho de que me lo pudiera referir prueba que el recurso de los caballos en triángulo suele dar resultado. Ojalá sea así.

Para defenderse de los pieles rojas nuestros tres amigos contaban, aparte de un valor a toda prueba, con dos revólveres y un «Mississippi Jager» cada uno. Se denominaba así a un rifle muy usado en el Oeste por aquella época.

Momentos después, los indios rodeaban la barricada, lanzándose frenéticamente a su asalto. Las armas de fuego de los sitiados entraron en acción y tres indios rodaron por el suelo. Aquella fulminante acción les contuvo un tanto. Pero enseguida reaccionaron y se pusieron a girar alrededor de su presa, estrechando cada vez más los círculos.

—¡Duro con ellos! —gritaba Simpson, disparando sin cesar—. Esta táctica de cabalgar alrededor nuestro, dificulta la puntería, pero tenemos a nuestro favor que han de acercarse bastante para que sus flechas sirvan de algo.

Nada más acababa de decir esto cuando una flecha lanzada diestramente hirió a Wood en el hombro, impidiéndole seguir disparando. Aquel fué un duro golpe para ellos. Simpson y Bill tuvieron que multiplicarse para cubrir todos los flancos con sus disparos.

—¿Duele? —preguntó Cody a Wood, al ver que este se sujetaba el hombro con la mano y su rostro se contraía.

—Eso es lo de menos —exclamó el valiente «fontierman»—. Me desespera el no poder seguir dando a esos su merecido.

—Nosotros procuraremos hacerlo por los dos —prometió Bill, pulsando su gatillo incesantemente.

La polvareda que se había levantado a su alrededor casi les impedía distinguir a los atacantes. Además, el sudor que les caía sobre los ojos hacía peligrar la puntería. Afortunadamente, los indios, considerando que la pequeña fortaleza no era tan fácil de tomar como se imaginaran en un principio, se retiraron momentáneamente a deliberar. Aquello proporcionó a nuestros tres amigos un descanso que bien lo necesitaban.

Lo primero que hicieron fué soltar los rifles y dejar que se enfriaran, no sin antes haberlos cargado. Después, Simpson se acercó a Wood y, tomando la flecha que aún permanecía clavada en su hombro, le dijo:

—Te voy a dar un recuerdo de los indios.

Y, con todo el cuidado posible, se la extrajo depositándosela en una mano. El herido no abrió la boca para lamentarse, a pesar de que el dolor tuvo que ser intenso. Seguidamente, Simpson tomó una buena ración de tabaco y la aplicó a la herida.

—Es el mejor desinfectante —declaró el improvisado cirujano—. Si los matasanos del Este lo emplearan, aliviarían el trabajo de los sepultureros.

Transcurrió todo el día sin que los pieles rojas atacaran. Los despiadados rayos del sol martirizaron cruelmente a los tres desgraciados durante varias horas. Al caer el día, y mitigarse el calor, respiraron agradecidos.

Pero con las sombras de la noche llegó una nueva amenaza: Vieron varias antorchas hacia el lugar que ocupaban los indios. Simpson masculló:

Quieren hacer arder la pradera. Moriremos asados.

Bill contempló su «jeger», que no le podía ayudar a salir de aquel peligro. Lo único que cabía hacer era esperar.

En silencio, clavaron sus miradas en la oscuridad. Pronto, el fuego de las antorchas fué aplicado a la maleza que rodeaba el reducto de los blancos. Un chisporroteo fatal les anunció que aquello era el principio de la gran hoguera que los abrasaría. Simpson miró a Bill y a Wood, que a su vez lo hicieron con angustia, mirando al «wagon-master» y esperando que los sacara de aquel trance con alguna de sus tretas. Pero Simpson no sabía ninguna para librarse de aquel peligro. Desvió la mirada de ellos, quienes también la volvieron hacia la recién prendida fogata.

Pero observaron algo asombroso. ¡Había desaparecido!

—¡Hurra! gritó Simpson, alzando los brazos. ¡Les ha sido imposible quemar la hierba! ¡Está tan comida por los bisontes que no pueden arder!

—¡Cuidado! —gritó, de pronto, Cody, sacando a sus amigos de la euforia que les había embargado—. ¡Los indios se acercan protegidos por el humo!

En efecto, varias sombras agazapadas se dirigían hacia el parapeto, amparándose en la humareda provocada por el frustrado incendio. Rápidamente, nuestros amigos tomaron sus «jagers» y barrieron la llanura con sus disparos. Sorprendidos, los pieles rojas se retiraron precipitadamente. Duante el resto de la noche no les molestaron.

Pero, al amanecer, nuevamente volvieron al ataque. Estos se sucedieron en número de cuatro o cinco, y todos ellos fueron rechazados por Cody y sus compañeros, con importantes bajas entre las filas de atacantes. Parecían veinte hombres los que disparaban de detras de los caballos caídos. Los indios se des-

animaron, comprendiendo que con asaltos directos nada iban a conseguir.

Pronto lo supieron. Desmontaron y se colocaron formando un círculo alrededor de la posición, sentados en el suelo.

—¿Qué hacen? —quiso saber Cody.

—Han decidido rendirnos por hambre —contestó el arriero—. Pero hemos tenido suerte, compañeros. Nos encontramos casi sin municiones y esta maniobra de los indios nos favorece. Creen que somos rezagados del convoy que han visto pasar, y que nos hallamos a su merced. Con tal suposición, obran cuerda-mente. Pero están lejos de saber que el segundo convoy no tardará en presentarse.

—Que lo haga pronto —habló Wood, gravemente.

Pacientemente, pues, los tres compañeros se sentaron en su posición, procurando taparse lo mejor posible con sus sombreros del abrasador sol, y aguardaron al convoy salvador. Si no llegaba a tiempo, o si se hubiese desviado de ruta, pensaron los tres en silencio, los buitres se alegrarían de ello.

A eso de las diez, algo les sacó de sus triste cavilaciones. Wood exclamó:

—¡He oído un látigo! Creo que ya los tenemos cerca.

Simpson y Bill prestaron atención. Los indios también habían observado algo anormal, pues algunos se habían levantado y miraban fijamente a un punto tras una loma próxima. Momentos después, el sonido inconfundible que acompaña a toda caravana llegó claramente hasta ellos: restallar de látigos, gritos de los arrieros, chirriar de ejes, mugidos de bueyes...

—¡Hurra! —gritó Simpson, lanzando el sombrero al aire.

El grito fué repetido entusiásticamente por sus dos compañeros.

—¡Os habéis quedado sin tres cabelleras! —gritó Wood, dirigiendo su puño hacia los indios.

—¡Esta no la esperábais, malditos! —exclamó Simpson, quien no se detuvo ahí y dedicó a los indios una cuidadosa selección de los epítetos más insultantes que se empleaban en el Oeste por entonces, de los que era un verdadero depósito.

Momentos después, efectivamente, la cabeza de la caravana se dejó ver. Los indios se reunieron y, a juzgar por el movimiento de sus brazos, discutían acaloradamente. Tanto Simpson, como Bill y Wood, se reían a mandíbula batiente. Pero, inesperadamente, los salvajes montaron sus caballos y se lan-

zaron contra la posición. Era el último y desesperado ataque. A punto estuvieron de conseguir su propósito de acabar con los tres blancos, pues éstos fueron cogidos por sorpresa y apenas tuvieron tiempo de tomar sus armas y abrir fuego. Cayeron algunos indios, pero otros lograron alcanzar la barricada. El valiente Wood la emprendió a culatazos con ellos, y su acción, unida al fuego incesante de sus dos compañeros, consiguieron retener el desesperado ataque y, enseguida, rechazarlo. Momentos después, los pieles rojas huían velozmente, diezmados, y desaparecieron tras su propio polvo.

Grande fué la sorpresa de los componentes del convoy al descubrir a su jefe y a sus dos amigos en tal situación, introducidos entre los tres caballos muertos. Fueron felicitados por su ingenio al construir el refugio que les había salvado la vida. Wood fué curado nuevamente, esta vez con agua, pero tuvo que seguir el viaje en un carromato.

CAPÍTULO V

LOS «PONY EXPRESS»



ENTONCES, Bill no tenía la edad reglamentaria para enrolarse en las filas del ejército. Lo intentó, pero le rechazaron. Sólo contaba entonces quince años.

Por aquella época, la firma Russell, Majors y Waddell, la que había organizado el servicio de carretas que unía el Este con el Oeste, decidió crear un nuevo servicio, el de los correos montados. Éstos podrían llevar con gran rapidez infinitud de documentos importantes y urgentes de un extremo a otro del continente, cosa que las lentas caravanas eran incapaces de realizar. Así nacieron los «pony express».

El primer correo salió el 3 de abril de 1860.

A requerimiento de su madre, Cody tuvo que prometerla que no se alistaría en el ejército para tomar parte en la lucha fratricida que asolaba el país. Así, pues, no realizó ninguna otra tentativa para conseguirlo. Pero inmediatamente se sintió atraído por el nuevo servicio creado, que se le figuró venía a su medida y condiciones. Era un gran caballista y conocía las rutas de las praderas como ninguno acaso. Y, como se encontraba sin empleo, fué a solicitar un puesto de correo montado.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —le preguntó el encargado.

—William Frederick Cody.

El hombre de la oficina, abrió los ojos más que de ordinario al darse cuenta, de quién tenía delante, era el protagonista de tantas hazañas llegadas a sus oídos.

—Quedas contratado —le dijo— Para comenzar, realizarás un recorrido más corto que el de los demás correos. Prepárate para mañana.

Al día siguiente, a la hora que le fijaron, Cody se hallaba esperando su turno. Cuando llegó el correo a galope tendido, el jinete se retiró a descansar, y la cartera impermeable que iba atada a la silla fué prendida firmemente a la del caballo que esperaba a Cody. En esa cartera, que se cerraba con llave en Saint Joseph y no se abría hasta llegar a San Francisco, viajaban muchos documentos de gran valor, dinero, contratos, medicinas, etc. La Compañía ofrecía papel especial, muy ligero, para que en él fueran escritas las cartas y demás documentos que iban a viajar de Este a Oeste.

Cuando todo estuvo dispuesto, Cody montó diestramente en su caballo y salió como una flecha a cubrir las millas que le habían asignado.

Como era de esperar, realizó su cometido a entera satisfacción de sus jefes. Poco después, le destinaron a cubrir distancias normales, llegando a convertirse en el mejor «pony express» de la Compañía.

Le cupo el honor de realizar, en cierta ocasión, el recorrido más largo que correo alguno cubrió. Sucedió el hecho cuando, después de salvar los ciento veintidós kilómetros y presentarse en Three Crossings, le notificaron que el jinete que debía recoger la cartera estaba malherido, a causa de un encuentro que

acababa de sostener con los indios. El jefe de la posta se mostraba desesperado.

—Yo iré —anunció Cody, con la mayor naturalidad.

—Acaba de llegar —le dijo el hombre—. Está cansado. Además, si parte y cubre los ciento treinta y seis kilómetros que nos separan de la otra posta, ha de contar con el viaje de regreso a la suya, o sea otros doscientos cincuenta y ocho kilómetros.

Pero Cody se mostró dispuesto a hacerlo. Y consiguió su propósito. Cubrió la enorme distancia de quinientos dieciséis kilómetros sin detenerse más tiempo que el necesario para cambiar de caballo. Su hazaña no fué nunca igualada.

En el transcurso de sus viajes, se encontró en difíciles situaciones, cuya relación haría interminable este relato

Anotaremos aquí una que tuvo con los indios.

Éstos habían invadido cierta región que tenía que ser recorrida por los correos, y se encargó a Cody que realizase un reconocimiento. Como fuera el trabajo de su agrado, aceptó, partiendo inmediatamente.

De pronto, llamó su atención algo que sobresalía de detrás de una roca. Sus expertos ojos adivinaron enseguida de qué se trataba: era el extremo de la pluma de un indio. No obstante saberse en peligro siguió cabalgando como si nada hubiera advertido. Su imaginación trabajaba activamente. Segundos después, desviaba su caballo rápidamente, en el mismo momento en que disparaban de detrás de la roca. Aquel movimiento le salvó la vida.

Al punto, los indios salieron de su escondite y se lanzaron sobre él. Y de otro lugar, otra partida de salvajes le cortó el paso. Cody volvió su montura y salió al galope de la encerrona. Consiguió sacar ventaja a sus perseguidores y llegó a un arroyuelo, en el que introdujo al caballo y recorrió su cauce, con el propósito de que los indios perdiesen su pista. En un punto situado más adelante, salió nuevamente a tierra firme y, temerariamente, se dirigió hacia el lugar de la emboscada, confiando en haber despistado a sus enemigos.

Cerca de la piedra tras de la cual se ocultaron, descubrió Cody su campamento, viendo que solamente eran diez o doce, aunque estaban en pie de guerra. Con tal información, tomó la dirección de la posta, pero se vió nuevamente sorprendido por los salvajes. Hábilmente, hizo girar su potro y lo dirigió por un desfiladero. En el fondo de él le esperaban muy tranquilos

tres indios. Cody, complacido, vió que carecían de armas de fuego, que solamente contaban con arcos. Sin embargo, su situación era muy delicada. Sin pensarlo un momento, espoleó su caballo y se lanzó contra los salvajes. En el momento de llegar a ellos, disparó su revólver, matando a uno. Los otros, sorprendidos por su decisión, tardaron unos momentos en arrojarle sus flechas, el tiempo suficiente para que Cody estuviera algo alejado de ellos. Mientras trotaba hacia su refugio, respiró satisfecho. Al desmontar, ya en la posta, vió que el pobre caballo tenía clavadas en las ancas varias flechas. Agradecido por haberle salvado la vida, él mismo se las sacó y le curó las heridas.

CAPÍTULO VI

EN EL EJÉRCITO



UANDO Cody contaba diecisiete años, recibió la triste nueva de que su madre estaba muy grave. Rápidamente, tomó el camino de su casa y llegó con el tiempo justo de asistir a sus últimos momentos. El dolor por tan gran pérdida le conmovió profundamente, pero, al cabo de unos días, comunicó a sus hermanas que iba a partir nuevamente, pues su obligación le requería. Prometió que les ayudaría todo lo posible, enviándoles dinero.

Pero un hecho inesperado vino a sorprenderle. Los ataques de los indios a los correos montados se habían hecho tan osados y frecuentes, y tantos jinetes habían caído en el cumplimiento de su sacrificada misión, que la Compañía decidió suspender el servicio, obligada por las circunstancias. Así, pues, Cody se encontró otra vez sin empleo.

La guerra de Sucesión había alcanzado su más extensa gravedad en aquel año de 1863. Ahora que su madre había fallecido,

Cody se sintió relevado de la promesa que le hiciera de no alistarse en el ejército. La falta de empleo le impulsó a enrolarse en él, saliendo su regimiento enseguida hacia el frente. Se le confió la misión de «scout», o explorador.

Tiempo después, el general Smith le llamó. Conocía la valía del muchacho y necesitaba una persona para llevar a cabo una peligrosísima misión. La fama de Cody le precedía a cuantas partes iba. Los relatos de sus hazañas corrían de boca en boca por todo el país, y todo el mundo le consideraba un héroe, el prototipo del auténtico «frontiermen», el hombre de la frontera, con la aureola de romanticismo y de valor que rodeaba a todos ellos.

—Le expondré mis deseos, aunque no quiero que los considere como una orden —empezó por decirle el general—. La misión que quiero encomendarle es demasiado peligrosa. Sólo un voluntario debe afrontarla.

—Necesito poseer los mapas de las posiciones del ejército confederado, información sobre sus fuerzas, armamento, número de hombres y planes de ataque. Es una tarea muy completa y de extraordinario riesgo, ya que sólo puede ser conseguida en el mismo campamento enemigo. ¿Cree que podrá encargarse de este trabajo, Cody?

—Sí. Intentaré salir triunfante.

—De esta misión, tendrá que salir así o no saldrá de ella —le advirtió el general.

Cody saludó y salió de la tienda de campaña. Sus ojos brillaban con audacia, como siempre que estaba a punto de acometer una empresa temeraria. Era su vida. La inmovilidad le espantaba.

Antes de acostarse, decidió dar un paseo por los alrededores del campamento. Se hallaba disfrutando de la suave brisa nocturna, cuando vió una sombra que se deslizaba furtivamente. Se aproximó sin hacer ruido. Pudo observar que era un hombre que, indudablemente, trataba de penetrar sin ser visto. Resueltamente, Cody se puso en pie, corrió hacia el espía y, antes de que éste pudiera reaccionar, había saltado sobre él, reduciéndolo en pocos momentos. Le obligó a volver el rostro y su sorpresa no tuvo límites.

—¡Nat! —exclamó Cody—. ¿Qué haces tú aquí, espiando? Era un viejo conocido, empleado en otro tiempo de la Com-

pañía Russell, Majors y Waddell, como él. Ahora figuraba en las filas del ejército sudista.

Bill se apoderó de los documentos que portaba, reservó algunos y los demás los quemó.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Nat, temeroso—. Supongo que no me entregarás a los soldados. Me matarían en el acto.

—No —respondió Cody—. No les diré que eres un espía, sino, simplemente, un partidario del Sur.

Nat fué encarcelado y, a la mañana siguiente, Cody se puso en camino hacia la zona confederada.

Llegó al campo enemigo sin dificultades, pero no tardó en caer en poder de una patrulla.

—Tengo documentos importantes para el general Forrest —aseguró, serenamente—. Conducidme ante él, y os lo agradecerá.

Los soldados del Sur le condujeron ante el general Forrest, y Cody le reveló que Nat Golden había caído en poder de los yanquis y que, antes, le entregó unos documentos encargándole que se los llevara. El general no tuvo inconveniente en creer tan verosímil historia, agregando que permaneciera en el campamento en tanto él redactaba una respuesta a los documentos. No deseaba otra cosa Cody. Durante dos días deambuló por el campamento, observándolo todo cuidadosamente y sacando cuantos planos quiso. Al cabo, consideró que había obtenido lo que el general Smith le encomendara, y decidió regresar. Al dirigirse a las oficinas del general sudista confiadamente, recibió una enorme sorpresa: ¡Nat Golden estaba conversando con él! Considerándose descubierto, Bill no perdió el ánimo. Sabía que, de un momento a otro, se ordenaría su captura, pero conservó la serenidad, ese temple que de tan difíciles trances le había sacado. Con la mayor naturalidad, empezó a caminar hacia su caballo. Lo soltó y montó. Al paso, fué hacia la entrada del campamento. No estaba lejos, pero a él se le figuró que distaba kilómetros. Marchaba atento al menor ruido que le advirtiera que la voz de alarma había sido dada. Si tal cosa sucedía antes de que saliera del campamento, lo prenderían y pagaría con la vida su atrevido acto. Diez pasos le separaban de la puerta. Nueve. Ocho... Los soldados de guardia le miraban indiferentes. Pasó ante ellos, sonriéndoles. No le dijeron nada. Ya el campamento quedaba a sus espaldas. Se alejó

lo suficiente y, al hallarse oculto tras una loma, espoleó vivamente a su montura y se lanzó al galope. Momentos después, oía un gran alboroto: Un numeroso grupo de jinetes confederados había salido en su persecución. Había sido descubierto. Pero, tras una accidentada huída, logró alcanzar sano y salvo el campamento nordista.

CAPÍTULO VII

LAS DILIGENCIAS



A través de largos meses, Bill Cody sirvió eficazmente al ejército, y éste, considerando que necesitaba un merecido descanso, le envió a la ciudad de San Luis a desempeñar un cargo oficinesco, nada en consonancia con las aptitudes del gran explorador. No es de extrañar, pues, que Cody se cansara pronto de él y regresara nuevamente al Oeste, en busca de trabajo.

Por aquel tiempo, la famosa Compañía de las carretas, la ya nombrada Russell, Majors y Waddell, organizó el servicio de diligencias entre San José y Sacramento. Para cuando Cody solicitó empleo de conductor, la guerra había concluido, aunque dejó en las praderas una secuela desagradable y peligrosa. Antiguos soldados derrotados del sur, rebeldes, forajidos de todas clases, expresidarios, se habían dado cita en esas regiones y se puede decir que las dominaban con sus acciones sangrientas. Fué aquella época de los famosos «gunmen», hombres cuya habilidad con las armas de fuego les colocaba en un plano de superioridad con respecto a los demás mortales. Ellos imponían la ley en las ciudades del Oeste y en toda la pradera. Era la época de los grandes bandidos como Jesse James, Billy «el Niño» y tantos otros. Era la época en que se incluía en la paga de los «sheriffs» el precio de su entierro...

Uno de los empleos con más riesgo era el de conductor de diligencias. La Compañía no los hallaba fácilmente.

Por eso, cuando un hombre de la valía de Cody ofreció sus servicios como conductor, fué recibido con los brazos abiertos. Se le destinó para cumplir el servicio entre el fuerte Kearney y Plum Creek, y hacia este punto partió inmediatamente.

Coincidió que, al llegar, acababan de asaltar una diligencia y matado a su conductor Johnson...

—Fueron ocho —relató una de las víctimas, un atemorizado pasajero—. Dos de ellos se colocaron detrás nuestro y los seis restantes delante. De pronto, uno de éstos se adelantó, disparó, y el pobre Johnson cayó del pescante como un fardo. Seguidamente, nos ordenaron salir del coche y nos arrebataron todo lo que llevábamos. Después, huyeron como demonios. No pudimos ver el rostro de ninguno; llevaban pañuelos sobre él. ¡Estuvimos durante varios minutos a merced de varios criminales! ¡El Gobierno ha de hacer algo para garantizar los viajes de los ciudadanos americanos!

Pero el jefe de la posta pensó que, mientras tal bendición llegaba, las diligencias tenían que seguir corriendo por sus rutas. Sin embargo, al acercarse la hora de la salida del siguiente coche, no halló conductor que quisiera subir al pescante, a pesar de que ofrecía un estímulo de cincuenta dólares.

—Yo iré —declaró Cody, que estaba al tanto de todo lo que sucedía—. No me correspondía ahora, pero no tengo inconveniente en cambiar mi turno por otro. Es mejor que se queden los pasajeros. Llevaré sólo el correo.

—¿Y va a hacer el viaje... solo? —le preguntó el encargado de la posta.

—¿Es que alguno desea venir? —preguntó Cody, abarcando con una mirada a todos los presentes, que bajaron las cabezas.

Una hora después, subía al pescante del vehículo y, agitando su largo látigo, arrancó a los caballos y partió. Le contemplaron en silencio. A nadie cabía la menor duda de que aquel hombre acababa de emprender su último viaje.

Al llegar a un punto del camino, Cody descubrió a los bandidos. Advirtió que dos se hallaban a sus espaldas. El lugar era propicio para emboscadas. A un lado de la ruta se alzaba la montaña inaccesible. Al otro, un terraplén arenoso, de gran pendiente. Cody sabía que, ocultos en un recodo del camino,

estaban, delante de él, los seis forajidos restantes. Sin pensarlo dos veces, hizo girar a los caballos y los lanzó por el talud arenoso, arrastrando tras ellos a la enorme y pesada diligencia. El peligro era inminente. Un paso en falso de los caballos precipitaría a todos montaña abajo. Los animales se afirmaban bien en el terreno, descendiendo lentamente y soportando el peso de la diligencia. Los tumbos se sucedían sin cesar. Cody iba en el pescante en tensión, dispuesto a lanzarse al vacío en cuanto advirtiera que el vehículo cediera al ángulo de inclinación y cayera de costado.

Las piedras rodaban por la ladera y los cascos de los caballos despedían chispas al chocar con los cantos. Cody agitaba el látigo y ordenaba con él a las bestias. La resistencia de éstas se estaba agotando. Sus poderosos músculos empezaban a temblar y el sudor corría por su piel. Pero Bill se mantuvo firme. Sabía que «podía» descender la pendiente y lo conseguiría. Los bandidos, allá en lo alto, se miraron dudando. ¿Lograría aquel hombre llegar sano y salvo al arroyo que corría por el llano? Empuñaron sus rifles, al comprobar que casi había triunfado.

Al pisar terreno firme y llano, los caballos de la diligencia parecieron agradecerse al conductor y salieron al galope. Varios rifles empezaron a disputar simultáneamente. Las balas silbaban en los oídos de Cody, pero ya los bandidos habían perdido la partida. Momentos después, ya se hallaba la diligencia fuera del alcance de las armas de fuego.

Al llegar al fuerte Kearney, refirió su odisea.

—Es necesario interrumpir el servicio —declaró el jefe de la posta—. No quiero perder diligencias.

—No se ha perdido ninguna —dijo Cody—. Y me comprometo a devolverla intacta a Plum Creek.

—Hay ocho criminales apostados en el camino, que esta vez no le dejarán salirse con la suya, Cody. La Comisión me exigiría cuentas si le dejase partir con la diligencia y la perdiera.

—Más se enojarán nuestros jefes —exclamó Bill—, si interrumpes el servicio. Es sagrado. Aunque sólo hubiera una postal de felicitación que llevar, la diligencia debe partir.

La decisión que demostraba Cody convenció, al fin, al encargado de la posta, y permitió que regresara a Plum Creek. Bill eligió seis formidables potros, casi salvajes, de enormes fuerzas y más rebeldes que un indio. Al día siguiente, fueron uncidos a la diligencia, y ésta salió a cumplir viaje a la hora

prevista, con Cody en el pescante como único ocupante del vehículo, y teniendo a su alcance dos revólveres y un rifle.

Cuando llegó a la garganta en la que el conductor Johnson perdió la vida, sus músculos se hallaban en tensión. Sabía que los bandidos aparecerían de un momento a otro. Y, en efecto, así fué. Dos de ellos se presentaron a sus espaldas, cabalgando sosegadamente. «Ahora, otros seis me cortarán el paso», pensó Cody. Y acertó de nuevo. Un hombre, apuntándole con un rifle, estaba a punto de disparar sobre él. Cinco más le acompañaban Cody, rápido como el rayo, tomó uno de los revólveres y disparó. El bandido del rifle se desplomó sobre el camino. En ese instante, los dos que le perseguían empezaron a hacer sonar sus armas. Bill empuñó su rifle, se acomodó en el pescante y, después de apuntar cuidadosamente, disparó dos veces, procurando que el impetuoso movimiento de la diligencia no le hiciera fallar el blanco. Uno después de otro, los dos forajidos se desplomaron de sus monturas, y éstas siguieron el galope en solitario.

Cody se enfrentó a los cinco jinetes que tenía delante. La diligencia corría hacia ellos como una tromba. Entonces, sucedió una cosa inesperada. Los cinco caballos, sin que sus dueños trataran de contenerlos, se espantaron y echaron a correr en todas direcciones. La diligencia pasó por aquel punto sin que nadie la molestara. Al salir del cañón, Cody la detuvo, desmontó y volvió sobre sus pasos. Llegó al lugar de la tragedia y vió que dos hombres yacían muertos y el tercero agonizaba. Después, pacientemente, se dedicó a reunir los caballos espantados. Cuando los tuvo suficientemente cerca, una sonrisa iluminó su rostro. Los que iban sobre ellos no eran jinetes auténticos, hombres, sino muñecos hechos de saco relleno de paja, dispuestos de forma que parecieran hombres.

Cody fué recibido en Plum Creek como un héroe.

—Cuando me atacaron en el viaje de ida —pude darme cuenta de que sólo tres entraban en acción. Tres hombres, lo mismo que sucedió cuando mataron al pobre Johnson. Era una extraña coincidencia. Sospeché que algo raro sucedía, y por eso emprendí el viaje de regreso. Recibí una gran alegría cuando comprobé que no me había equivocado. Como sólo eran tres, los bandidos consideraron, no sin razón, que vistiendo a cinco fantoches de hombres, los ocupantes de las diligencias no se atreverían a repeler el ataque. La maniobra estaba bien urdida.

CAPÍTULO VIII

BUFFALO BILL, EL GRAN CAZADOR



El Oeste se poblaba a ritmo vertiginoso. Era una colonización en gran escala y se hacían preciso medios de comunicación importantes, que hicieran olvidar las deficientes carretas, las «goletas de las praderas», como se las llamaba, y las diligencias. Urgía la construcción de un ferrocarril, que uniera los diferentes y dispersos núcleos civilizados —o, por lo menos, habitados por personas que se decían tal—. Para remediar esta necesidad, se pensó en el trazado de un gran ferrocarril que uniera el Este con el Oeste y diera vida a todos los territorios intermedios. Este ferrocarril fué denominado del Pacífico y empezó su construcción en el año 1845. Pero la parte principal, la que cruzaba las llanuras, la línea trascontinental, no dió comienzo hasta la guerra de Sucesión, en el año 1864. Una parte, la Unión Pacific, fué construída hacia el Oeste, desde Omaha; y la otra, la Central Pacific, partía desde Sacramento, hacia el Este.

Los dirigentes de tan gran empresa lo tenían todo previsto: todo, excepto un detalle: la reacción que se operaría en los indios. Pero éstos constituyó un ultraje sin precedentes la presencia de miles de obreros en las praderas, transportando los numerosos materiales precisos para el trazado de las vías. Acataban los campamentos de obreros y los trenes de aprovisionamiento. La situación llegó a hacerse tan crítica por falta de alimento, que el personal amenazó con desertar de las obras.

—Tenemos a los hombres a la tercera parte de ración —dijeron los capataces a los ingenieros—. Si la situación se prolonga, llegará un día en que no podrán levantar ni un remache. Y eso, sin contar con las deserciones en masa con que nos han amenazado.

—La carne de búfalo podría solucionar nuestro problema expuso una voz.

—Pero se necesita una prodigiosa puntería para abatir a esos animales —dijo un viejo obrero, que asistía al diálogo—. No obstante, creo que es una buena idea.

Escupió de su boca un trozo de tabaco y agregó, cerrando sus ojillos:

—Yo conozco a un muchacho llamado Cody...

Fué llamado Guillermo Federico Cody, le explicaron la clase de trabajo que deseaban realizase y él aceptó encantado. La caza era una de sus aficiones favoritas.

Desde el primer día, se ganó las simpatías de todos. No solamente por la fama que a todas parte que iba le precedía, sino por su aspecto, sus maneras, su trato. Tenía poco más de veinte años, pero ya estaba hecho todo un hombre. Su rostro se hallaba curtido por la vida al aire libre, y ostentaba sobre el labio superior un hermoso bigote y de su barbilla colgaba una perilla.

Lo que realizó Cody en su tarea de cazador de búfalos para proveer de carne los empleados del ferrocarril fué memorable. En dieciocho meses mató 4.280 búfalos, prodigiosa marca que nadie ha intentado igualar.

—Cualquiera lo puede hacer —sonrió Cody, después de una de sus cacerías, limpiando su rifle, al que había puesto el nombre de «Lucrecia»—. Es decir —agregó—, cualquiera que entienda el lenguaje de los búfalos, como yo. ¿No alojaríais una bala en la testa de un búfalo si le oyeráis decir malhumorado: «Voy hacia ti; si fallas el primer tiro, te descalabro.» Ante esa amable invitación, no tengo otra alternativa que derribarlo. Si poseo algún mérito, es el de que entiendo el lenguaje de esos animalitos.

La broma fué muy celebrada, incluso por un viejecito, el mismo que indicó a los que dirigían las obras del ferrocarril que se la llamara. Siempre se sentaba en un rincón, después de la jornada de trabajo, y comía en silencio su trozo de búfalo y su café. Se levantó sonriendo y se acercó a Cody.

—Muchacho —dijo—: ese nombre que ostentas de Guillermo Federico Cody no me gusta. No, no quiero decir que tus padres tuvieran mal gusto. Me refiero a que, después de lo que hemos visto que eres capaz, te sentaría otro mucho mejor.

Los numerosos empleados del ferrocarril que escuchaban, lo hacían atentamente, intentando averiguar a dónde quería ir

a parar. Hasta el mismo Cody se hallaba interesado y sonreía abiertamente.

—Guillermo Federico Cody, Guillermo Cody o Bill Cody, despídete de esos nombres —dijo el viejo, solemnemente—. Desde hoy te llamarás, quiéraslo tú o no, Búffalo Bill Cody.

La ocurrencia fué recibida con entusiasmo, oyéndose muchos vivas a Búffalo Bill. A éste también le gustó el nombre, y con él fué conocido desde entonces.

CAPÍTULO IX

EL DESASTRE DEL GENERAL CUSTER



Los que, con un mínimo de honradez, hollaban por aquellos años las tierras de más allá de las fronteras de la civilización norteamericana, tenían una leve conciencia de la gran obra que estaban ayudando a realizar. Sabían que sus esfuerzos y sacrificios no quedarían inútiles y baldíos. Necesitaban creer que una nación se estaba formando y, en efecto, lo creían. Integraban la avanzada de los pioneros, y se sentían hermanados por la

causa común. Esto se lee en un diario de aquella época: «Los colonos hicieron frente, animosa y alegremente, a las dificultades relacionadas con el terrible trabajo que supone despejar de árboles el nuevo país y crear las granjas. Abundaba la bondad personal; se ayudaban unos a otros en todas las formas, y cada casa estaba abierta al viajero.

Esta invasión de colonos tenía que ser protegida. Y el ejército se encargó de ello, en la medida de sus fuerzas, pues resultaba empresa de titanes el vigilar todo el enorme territorio comprendido entre el Missouri y California.

Una de las víctimas de esta protección debida a los pioneros

fué el Séptimo Regimiento de Caballería, mandado por el general George Custer. En Little Big Horn, los sioux lo acorralaron, aniquilándolo completamente.

Los hechos sucedieron de la siguiente forma: El Gobierno de los Estados Unidos había llegado a un acuerdo con el famoso jefe de los sioux Caballo Loco, para llevar la paz a aquellos territorios. Como condición, el indio exigía que nadie penetrara en sus dominios, ni profanara los Montes Negros, a los que los sioux consideraban sagrados. Nada hubiera sucedido si una pepita de oro no hubiera sido entregada en la Compañía Comercial del fuerte Lincoln por una mujer india, como pago de una mercancía. La noticia se extendió rápidamente. Los Montes Negros, donde se suponía había sido encontrado oro, se vieron invadidos por una ola de ávidos buscadores del preciado metal. Naturalmente, los indios, considerando que los blancos habían faltado a su palabra, desenterraron el hacha de guerra. A los sioux se unieron los cheyennes, shoshones, oguelalás, pies negros, sans-ares y minonconjus, formando un ejército poderosísimo, bajo el mando del irreconciliable enemigo de los rostros pálidos Toro Sentado. Se avecinaba una gran matanza de blancos en los Montes Negros. Para evitarla, el general Custer salió del fuerte Lincoln, al frente de su flamante Séptimo de Caballería, unidad que había adiestrado perfectamente, y a la que se consideraba la mejor de todo el Oeste. Custer debía reunirse a los generales Crook y Terry, y con las fuerzas unidas combatir a los indios.

Pero, en plena marcha, Custer se enteró que Crook había sido sorprendido por Caballo Loco en un desfiladero, realizando una verdadera matanza en su cuerpo, carnicería de la que escaparon escasos soldados. Por lo tanto, Crook ya no contaba.

No tardó en enterarse Custer de que Caballo Loco, enterado de sus movimientos, pensaba atacar a Terry antes de que recibiera ayuda. Eso significaba la muerte para el regimiento de ese general, que sólo contaba con infantería, que sería fácil presa para los sioux.

Custer decidió atacar a éstos, para salvar a Terry. La orden, que significó la muerte del Séptimo de Caballería, fué dada temerariamente. Custer era un temerario.

De los primeros en todo el Oeste en recibir la mala nueva fué Búffalo Bill. Se hallaba tranquilamente en su campamento

cuando llegó un correo a toda velocidad. Antes de desmontar gritó:

—¡Custer y su Séptimo de Caballería han sido aniquilados por los sioux!

En un momento, se vió envuelto por docenas de hombres, entre los que se contaba Cody. Desmontó, bebió agua y whisky y se sentó. Enseguida, empezó su relato.

California Joe era un scout, muy famoso en el Oeste, gran amigo de Búfalo Bill.

—California Joe le dijo que era ir a una muerte cierta si atacaba el solo a todos los sioux...

—Pero Custer no le hizo caso —siguió el correo—. Quería salvar al general Terry, y que éste, libremente, pudiera detener a los buscadores de oro de los Montes Negros, antes de que los indios acabaran con ellos. Toro Sentado conocía a Custer, su carácter indomable, su furia en el combate. Y le tendió una emboscada de acuerdo con su temperamento. Adelantó unos quinientos jinetes, que, al ser divisados por el general, ordenó el ataque inmediatamente. Los indios, aparentando temor, volvieron grupas a sus mustangs y huyeron. Custer se envalentonó y picó espuelas. Su Séptimo de Caballería le seguía a paso de carga... No duró mucho la persecución. Minutos después, sin apenas darse cuenta de lo que pasaba, Custer se vió envuelto por unos seis mil sioux. No había escape posible. Pero ni él ni sus soldados desfallecieron. Ordenó desmontar, formándose el cuadro. La primera masa de indios se lanzó sobre ellos. Los disciplinados hombres de Custer abrieron un fuego implacable, pero solamente cuando el general lo ordenó, al hallarse los sioux casi tocando las bocas de los rifles. Hubieran vencido a un número triple de indios, pero seis mil eran demasiados, hasta para el Séptimo de Caballería. Los salvajes caían a su alrededor incesantemente. Fué una verdadera matanza. Pero cada vez se acercaban más. Ya había casi desesperado el regimiento cuando Toro Sentado, formó a sus guerreros y se lanzó a la última carga. Sólo Custer y unos pocos permanecían en pie. Los sioux iban hacia ellos como un alud. Sabían que ya nada les detendría. Custer asió la bandera y empuñó su sable, esperando al indio. Pero éste lo abatió con su lanza, y sus guerreros machacaron con los cascos de los caballos lo que fué el Séptimo de Caballería... ¡Lo destruyeron, amigos, pero supieron también qué clase de hombres lo formaban!

CAPÍTULO X

DUELO EN LA PRADERA



UANDO se supo en todo el Oeste la tragedia de Custer, la indignación y el temor cundieron. Se levantó una voz unánime, pidiendo se vengara al general. Por otra parte, no dejó de preocupar el hecho de que miles de indios en pie de guerra asolaran las praderas. Además, otros muchos se les agregaban, huyendo de las reservas, alentados por el triunfo y deseosos de cobrarse pasadas humillaciones.

Por aquel entonces, Cody formaba parte del Quinto Regimiento de Caballería, mandado por el general Merrit. El mismo día de saberse lo ocurrido a Custer, se tuvo noticia de que ochocientos guerreros cheyennes había huído de su reserva y se dirigían a formar en la fuerza ya poderosa de Toro Sentado.

El general Merrit reaccionó al punto.

Rápidamente se organizó la expedición. Merrit eligió entre sus hombres a los quinientos que le merecían más confianza, entre los que se encontraba Búffado Bill, y partió sin más esperas. Su intención era llegar lo antes posible al río War Bonne e impedir que los cheyennes lo cruzaran.

Tras dos días de marchas forzadas, alcanzó el lugar deseado. Era el 17 de julio de 1876. Al amanecer de ese día, Cody salió a averiguar si los indios habían cruzado el río o no. Descubrió, complacido, que aun no lo habían hecho. Cuando regresaba al lugar donde había acampado el regimiento, vió a numerosos cheyennes por el valle. Corrió a llevar la noticia a Merrit.

Inmediatamente, los soldados montaron en sus caballos y se pusieron en camino. Merrit, Cody y dos soldados más se ade-

lantaron a inspeccionar el terreno. No tardaron en divisar a los indios. Marchaban confiadamente por la llanura, muy ajenos a que eran observados. De pronto, un grupo de cheyennes se separó de los demás y galopó hacia un lado.

Merrit y Búffalo Bill se miraron, sin comprender a qué se debía la maniobra.

El general enfocó sus catalejos y descubrió, entonces que dos mensajeros del ejército cabalgaban al otro lado de las colinas. Indublemente, también habían sido vistos por los cheyennes, quienes trataban de acabar con ellos.

—Quisiera ayudarles pero es imposible —se lamentó el general—. Si lo hiciera, los cheyennes descubrirían nuestra presencia y nuestro plan se vendría abajo. Es una lástima. ¡Pobres muchachos!

Pero Cody no se dió por vencido tan pronto.

—Creo que podríamos salvarlos —dijo.

—¿Cómo?

—Si esperamos a que ese grupo de cheyennes se haya alejado lo suficiente de los demás y se halle bastante cerca de los soldados —explicó Cody—, y entonces los ataco con varios scouts, las colinas nos ocultarán y no se verá la maniobra. Además, los scouts no son soldados. No sospecharán nada.

Merrit le dió el permiso correspondiente para ejecutar lo que se proponía, y Cody salió al galope. Llegó a la formación, eligió a quince scouts y regresó con ellos junto al general.

Los indios ya estaban bastante próximos a los mensajeros. A una señal de Cody, él y los scouts se lanzaron velozmente al asalto, colina abajo. Al verlos, los cheyennes quedaron desconcertados. Bill y sus compañeros dispararon y cayeron tres indios. Los otros retrocedieron apresuradamente, dirigiéndose hacia el cuerpo principal. Pero, antes de llegar a él, se volvieron nuevamente, dando cara valientemente a sus enemigos. Cody y sus scouts dispararon otra vez, pero uno de los cheyennes, indudablemente un jefe, avanzó temerariamente hacia ellos, despreciando, al parecer, el fuego de los rifles.

De pronto, alzó el brazo, como imponiendo silencio a las armas. Por sus ornamentos y plumas, parecía un jefe. Cuando Cody ordenó suspender el fuego, el cheyenne dijo en su lengua,

—¡Tú eres «Pa-he-haska»!

Por tal nombre le conocían los indios en el Oeste.

—¡Dicen que eres valiente! —siguió diciendo el indio—.



Los caballos dieron un brinco y se derrumbaron al suelo.

¡Si es verdad, ven a mi encuentro! ¡Mi rifle está preparado!
¡Quiero tu cabellera! ¡Ven, si te atreves!

Sus palabras sonaban imponentes en la soledad y silencio de la llanura, aunque encerraban cierto tono de mofa. Era indudable que no creía que su enemigo aceptaría el reto.

Verdaderamente, pocos lo hubieran hecho. El jefe cheyenne ofrecía un aspecto soberbio, sobre su caballo. con su rifle en la mano, su cuchillo atravesado en la cintura, y su hacha de guerra colgando de su montura.

Uno de los scouts, advirtiéndole que Cody iba a aceptar, le advirtió:

—No se fíe, Cody. Esta gente es traidora. Quieren atraerle hacia ellos para asesinarle cobardemente. Observe que los otros cheyennes están preparados a entrar en acción.

Búffalo Bill sonrió.

—Ha hablado un jefe cheyenne, amigo. La palabra de los jefes indios es ley. Me apuesto el cuello a que no consentiría que sus hombres le ayudaran. Quiere pasar por valiente ante ellos. Desea un duelo conmigo... y no se lo he de negar.

Las miradas de los contendientes se cruzaron, salvando la distancia que los separaba. Comprendiendo que Cody aceptaba su desafío, el jefe indio alzó su rifle y salió disparado hacia el campo rival. En el mismo momento, Búffalo Bill picaba espuelas a su caballo y se dirigía al encuentro del cheyenne. Los scouts y el resto de los indios contemplaban el espectáculo en silencio, con la quietud que precede a las tragedias.

Como si la maniobra hubiese sido ensayada, los dos contendientes, después de haber recorrido unos cincuenta metros, y cuando se hallaba a otros tantos de distancia el uno del otro, dispararon sus rifles sobre la marcha, casi al unísono, con envidiable habilidad. Los caballos dieron un pequeño brinco y se derrumbaron al suelo, como tocados por el rayo. Antes de que cayera el suyo, Cody saltó de la silla y consiguió, con el impulso, apartarse lo suficiente del animal mortalmente herido para que éste no le cayera encima. Al alzar la cabeza, presto a seguir su lucha, vió que el cheyenne había conseguido otro tanto, y le miraba ferozmente, a unos quince metros de distancia.

Con movimientos rápidos, sorprendentes, alzó de nuevo su rifle y disparó. El jefe cheyenne acababa de hacer otro tanto. Cody no podría decir si se alegró al oír silbar la bala junto a su cabeza; sólo le preocupaba entonces su presa. Y ésta quedó

herida. El indio se tambaleó levemente, pero al instante reaccionó. Su respiración agitada estaba envenenada por el odio.

Búffalo Bill, con un grito salvaje, sacó el cuchillo de su vaina y se lanzó sobre él. El cheyenne tomó su «tomahawk», su hacha de guerra, y le dirigió un feroz golpe sobre la cabeza. Cody se echó a un lado y lo esquivó. Quedaron abrazados. De aquel abrazo iba a salir la muerte. Con un movimiento brusco, Cody se desprendió del indio, maniobró su enorme cuchillo y lo hundió despiadadamente en el pecho del jefe cheyenne, que cayó sin vida a sus pies. Poseído de endiablada furia, Bill sacó de un tirón el casquete de plumas de la cabeza del guerrero y, como si de un verdadero indio se tratara, arrancó al vencido el cuero cabelludo, que mostró a los impresionados cheyennes.

Los indios, al ver la suerte que había corrido su jefe, y advirtiéndolo que el vencedor se hallaba a bastante distancia de los scouts, cargaron contra él, enfurecidos. Pero el general Merrit, espectador, con sus hombres, de la última fase del duelo, ordenó, a su vez, cargar, y el Quinto Regimiento de Caballería descendió al galope la loma que acababa de alcanzar, acompañado de los agudos sonidos de la corneta.

Los indios, al principio, intentaron resistir a los soldados, pero enseguida se batieron en retirada, no obstante sumar ochocientos.

El general Merrit se acercó a Búffalo Bill.

—Le felicito, Cody —le dijo—, pero creo que ha sido una temeridad lo que ha hecho.

—El me retó —replicó Bill, todavía con el cuero cabelludo del indio en su mano—. Desde que oí lo de Custer, no había tenido ocasión de luchar contra uno de estos demonios. Sabía que le vencería. Mis armas estaban ávidas de un desquite.

El piel roja a quien acababa de dar muerte Cody, era Mano Amarilla, uno de los más temibles jefes indios.

CAPÍTULO XI

EL AGUA DE FUEGO



TIEMPO después, encontramos a Búffalo Bill, como empleado de Russel, Majors y Waddell, conduciendo caravanas de colonos hacia el Oeste. En el intermedio, había realizado una visita a su familia, a la que entregó todo el dinero de que disponía, ganado en el ejército. Al verse con el bolsillo vacío, cosa que sucedía con desesperante frecuencia, decidió buscar un empleo fijo, para atender a sus necesidades. Y, nuevamente, ofreció sus servicios a la famosa Compañía, que le recibió encantada de contar con un explorador y guía tan famoso como él.

Pocos días después, fué destinado a una caravana, integrada por sesenta familias, a las que debía conducir sanas y salvas a California. Seguirían la ruta del Oregón.

No sucedió nada destacable hasta llegar a las riberas del río Viento, en cuyas inmediaciones vivían miles de indios «shoshon» en su reserva. Como estos estaban entonces en paz con los blancos, Cody no temía nada en ese sentido. Los sesenta carromatos que guiaba atravesarían la región sin dificultad.

Pero sucedió que uno de los hombres que viajaban con él, un tal Meade, era encontrado borracho con mucha frecuencia.

Un día, Cody sorprendió a Meade bebido.

—Como no abandone esa costumbre, me veré obligado a prohibirle que pruebe el licor —le advirtió.

Meade estaba envalentonado con el estimulante que embriagaba su cuerpo.

—¡El whisky es mío! —exclamó—. ¡Puede hacer con él lo que se me antoje!

—Usted no es colono —pronunció Cody, lentamente.

—¡No, no lo soy! —gritó Meade—. ¡Soy un comerciante!
¡Me voy a hacer rico en el Oeste!

Comerciante, para Búffalo Bill, era una palabra odiosa. Sabía que la gente que vendía rifles y whisky a los indios. La bebida despertaba en ellos los instintos animales adormecidos y los rifles, en sus manos, cumplían holgadamente el papel asesino que sus enloquecidos dueños les asignaban.

—Sé que se emborracha tres veces por semana. Si no desiste de esa costumbre, lo echaré de la caravana.

Ahora, Meade no rió. La pétrea faz de Cody, en ocasiones tan amable, se había inmovilizado en un gesto enérgico. Sin agregar una sola palabra más, le dió la espalda.

Parte de la alimentación de las caravanas dependía de los búfalos. Atravesaban el territorio de Wyoming y, a pesar de lo mucho que los buscó, Cody no halló ni rastro de esos animales. Acaso presintió que aquello era el principio de lo que sucedería más tarde, es decir, la extinción casi total de los búfalos, motivada por la excesiva persecución de que habían sido víctimas.

Pero los miembros de la caravana no deseaban explicaciones, sino hechos. La provisión de carne fresca se agotó, y hubo que recurrir a las salazones, que desagrababan a todos.

Cody pensó que resultaba afortunado el que pasasen cerca de la reserva «shoshon». Quizá los indios pudieran proveerle de carne fresca.

—Escuchen un momento, amigos —dijo, una mañana, subido a un carro—. He decidido acercarme a la reserva «shosho» a pedir carne. Confío en que nos entreguen la suficiente hasta que la encontremos por nuestra cuenta. Pero debemos tomar precauciones. Vamos a tratar con indios y no sabemos cómo reaccionarán. Formen el círculo con los carromatos. Yo iré solo a hablarles.

Cuando los carros se hubieron colocado formando un círculo, según la clásica formación de las caravanas cuando les amenaza un peligro, Cody montó su caballo y emprendió el camino hacia la reserva, con algunos regalos destinados a su jefe, «Oso Negro», costumbre que los exploradores practicaban con frecuencia cuando reinaba la paz entre blancos y pieles rojas.

¡Cuatro horas después, regresó.

—No tiene mucha carne —notificó a los hambrientos ojos

que le rodeaban—. También han padecido la escasez de búfalos; que, según me dijeron, han emigrado al noroeste. Tendremos que comprarla, y no barata.

El desagrado con que se recibió la noticia desapareció cuando la carne traída empezó a asarse y las codiciosas mandíbulas masticaron el manjar tan deseado hacía tiempo. A escondidas, Meade invitó a algunos colonos a whisky, y él bebió más de la cuenta. Era el único, en la caravana, que llevaba de ese licor, que nadie sabía dónde guardaba.

A la mañana siguiente, Cody dió la señal de partir. Meade se le acercó tambaleando. Su aliento olía a alcohol.

—Si emprendemos la marcha —dijo, vacilante—, no comeremos más carne fresca. ¡Y yo quiero comerla! ¡Estoy cansado de la salada!

—«Oso Negro» no tiene más —le recordó Cody—. Sé que no miente. Es inútil que nos quedemos.

—¡Pues yo pienso ir a buscarla! —gritó Meade—.

—No sea insensato, amigo.

—¡Y otros vendrán conmigo! ¡No vamos a permitir que esos cochinos indios coman lo que un blanco no puede comer!

Cody, sin hacerle caso, dió media vuelta y empezó a alejarse.

—¡Iré! —gritó Meade—. ¡Y me gustaría saber quién intenta detenerme!

Búfalo Bill, como si le hubieran tocado un resorte, se volvió bruscamente, avanzó dos pasos y lanzó su poderoso brazo hacia adelante. Se oyó un tremendo choque, producido por su puño al acabar su trayectoria en el mentón del beodo. Meade se desplomó pesadamente.

—Ahora, emprendamos la marcha —dijo Cody, tranquilamente, dirigiéndose a los que habían contemplado la escena.

Pero la tenacidad o locura de los hombres es grande. Una vez que se hubo repuesto del terrible golpe, Meade, en su carro situado el último en la caravana, fraguaba un plan. Mientras los demás disponían todo lo preciso para emprender la marcha, él sujetaba un extraño bulto al lomo de una mula. Después, se dirigió sigilosamente al carromato que tenía delante y habló con su dueño, un colono, convenciéndole para que condujera su carro mientras él se marchaba. En pago, le prometió que al mediodía comería carne fresca, como él

Meade alcanzó pronto el cercano bosque y huyó sin ser vis-

to por nadie más. Cuando regresó con su mula, el fardo había desaparecido del lomo de esta. Pero, en cambio, traía gran cantidad de carne de búfalo, sabrosa y sangrante.

Al hacer alto la caravana para comer, Meade y el colono que pactara con él, así como la familia de este, asaron, ante la envidia de todos, la carne conseguida de tan misterioso modo, y se la comieron.

No tardó Cody en enterarse de lo que había sucedido, presentándose a los afortunados comensales.

—¿De dónde ha sacado esa carne, Meade? —preguntó a éste, presintiendo lo que había sucedido.

—De los indios, naturalmente —replicó de mala gana el otro—. Les he entregado, en pago, un hacha... Y no me mire de ese modo, porque usted sólo es el jefe de esta caravana y no el guardián de todos nosotros. No tiene el derecho de inmiscuirse en ciertos asuntos.

—Si afectan a la seguridad de todos, sí. Y el suyo creo que se encuentra en este último caso.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo dirán pronto los acontecimientos, si estoy en lo cierto.

Sin decir una palabra más, Cody dió la vuelta y se alejó. Una sospecha, que era casi certidumbre, danzaba en su mente, pero no la compartió con nadie. No era el momento adecuado. El resto de la caravana se hallaba visiblemente descontento. Se murmuraba que Meade estaba en lo cierto, que hubiera sido preferible comprar más carne a los indios. Pensaban que Cody había sido engañado por estos, cuando le dijeron que carecían de carne. Todas estas protestas calladas surgían por causa de la contemplación del envidiable cuadro que formaban Meade y el colono con su familia, comiendo la tentadora carne de búfalo. Los demás se tuvieron que contentar con salazón y café.

Dos horas más tarde, la caravana emprendió su camino. Y, antes de que hubiera recorrido dos kilómetros, alguien que ocupaba un lugar en la retaguardia salió de su puesto y galopó hasta Búfalo Bill, que iba en cabeza. Lo que le comunicó debió ser importante, a juzgar por sus ademanes nerviosos y sus gritos. Momentos después, Cody alzó el brazo y gritó:

—¡Alto! ¡Colocad los carros en círculo! ¡Se acercan indios!

La alarma cundió en la caravana, pero nadie perdió la ca-

beza. Con la celeridad que era posible desplegar, los animales de tiro fueron apartados de los carrromatos y colocados todos juntos, bien sujetos, para que, en caso de lucha, no se desmantaran. Los carros se colocaron formando un círculo cerrado, tras el cual se situaron los hombres, detrás de cajones o colchones, con los rifles a punto, y en el centro, las mujeres y los niños.

El silencio de la pradera fué interrumpido por un rumor lejano. Los ojos se volvieron hacia él. Una enorme polvareda se levantaba en la dirección de la reserva Shoshon.

La espera se hizo interminable. ¿Qué se proponían aquellos indios? Si eran muchos, y las muestras así lo hacían temer, la caravana de sesenta carros sería presa fácil para ellos. Los colonos se miraron; allí, en plena pradera, se encontraron desamparados.

Eran indios shoshones y formaban un verdadero ejército. Cuando llegaron a la altura de los carros, sin una orden, ni una señal, rompieron la formación que traían y rodearon el círculo de carros hasta formar otro más amplio, completamente cerrado. Sus flechas y sus rifles apuntaban a los defensores. Sus cuerpos, casi desnudos, pintarrajeados, los hacían parecer seres de pesadilla. Algunos chiquillos de la caravana empezaron a llorar y a lanzar gritos de terror.

—Lo que acaban de hacer los shoshones no significa que quieran lucha —tranquilizó Cody a su gente—. Puede que haya ocurrido algo que los haya irritado.

Al decir esto último, miró a Meade, que se acurrucaba bajo un carro y temblaba visiblemente.

De pronto, de la fila de shoshones salió un jinete corpulento. Vestía de muy diferente modo que los demás. Un traje de pieles cubría su cuerpo, y un gran penacho de plumas adornaba su cabeza y caía a lo largo de su espalda. Indudablemente, se trataba de un jefe.

—¿Le conoce, Cody? —preguntaron a Bill los que se hallaban junto a él.

—Sí, es «Oso Negro».

El jefe shoshon, seguido de un servidor, se adelantó a los carrromatos. Cuando estuvo a cierta distancia, se detuvo y, después de entregar su rifle al indio que le acompañaba, alzó el brazo, con la mano abierta.



Se oyó un tremendo choque, producido por su puño.

—Desea hablar —tradujo Cody el gesto a los suyos—. Es necesario oírle.

Montó en su caballo y salió del círculo de carromatos al encuentro del indio. Al llegar ante él, realizó el mismo ademán que realizara antes el piel roja. Los colonos no podían oír de qué trataba la conversación, qué es lo que exponía el indio con terribles ademanes. Indudablemente, estaba muy encolerizado. También veían a Cody dirigirle la palabra sosegadamente, tratando de aplacarle. ¿Lo lograría? La vida de toda la caravana dependía de la sagacidad de Búfalo Bill para convencer al indio. Un solo gesto de este lanzaría sobre los carros a sus guerreros y los cuervos se lo agradecerían.

Rato después, los ademanes del jefe shoshon se hicieron más suaves. Atendía más pacientemente las palabras de Cody. Finalmente, extendió la mano, tomó la de Bill y la estrechó vigorosamente. Después, dió la vuelta a su «mustang» y se alejó al trote. Dió un grito a su gente y los guerreros shoshones abandonaron sus posiciones, deshicieron el círculo, y fueron silenciosamente tras su jefe.

En cuanto Cody llegó a los carros, se vió asediado por un sinfín de preguntas impacientes.

—¿Qué deseaban los indios?... ¿Cómo los ha podido apartar tan fácilmente?...

Pero Cody no respondió. Con la mirada fija en un punto, se dirigió hacia uno de los carros, el que ocupaba Meade, ahora en pie. Se advertía que se hallaba dominado por sus nervios.

—Alguien ha vendido «whisky» a los indios —dijo Cody, gravemente, conteniendo su ira—. A cambio de carne de búfalo, lo adquirieron varios muchachos shoshones. «Oso Negro» me ha asegurado que dos de ellos han luchado a cuchillo y se han matado mutuamente. Han alborotado la reserva y dado mal ejemplo a los demás. «Oso Negro» quiere vivir en paz con su gente y no quiere «whisky». Le he prometido que nadie volverá a vendérselo.

Hizo una pausa y agregó duramente:

—El «whisky» ese era suyo, Meade. «Oso Negro» venía buscando al culpable. Le he tenido que prometer, también, algo, para que sus guerreros no nos atacaran: Que arrojaría de la caravana al hombre que llevó la «bebida de fuego» a sus hombres.

—¿Arrojarme de...? —tartamudeó Meade.

—Sí, ha de dejarnos —repitió Cody, enérgicamente.

En aquel momento, un colono gritó :

—¡Los shoshones se han detenido!

En efecto, el numeroso grupo que momentos antes cercaba los carros, esperaba en la lejanía, en silencio, todos los rostros vueltos hacia la caravana.

—¡No puede hacer eso! —gritó Meade, aterrorizado—. ¡Sería entregarme a la furia de esos salvajes!

—En otro caso, serán sesenta familias las que caerán bajo sus flechas —dijo Bill.

Meade tragó saliva. De su frente se desprendían gruesas gotas de sudor.

—Soy un hombre blanco, como usted, Cody —tartamudeó—. Los indios son nuestros enemigos. Los enemigos de todos nosotros. No traicione a su raza entregándome a esa gente cobardemente. Sería un asesinato.

—¡Formen de nuevo la fila de carros! —gritó Cody, sin hacerle caso—. Hemos de partir enseguida.

Los hombres se pusieron rápidamente en acción. Minutos después, con los carros ya en formación, la caravana se puso en marcha.

Meade volvió la cabeza hacia los shoshones que le esperaban como hienas a su presa.

—¡Cody, por Dios, no me abandone! —gritó, angustiado—. ¡Mírelos! ¡Todos se lanzarán sobre mí me cazarán en la pradera como a un coyote!

—Aparte su carro y vaya a donde le parezca —habló Búffalo Bill—. Me limito a salvar la caravana.

Le dió la espalda y entonces, Meade, furioso, alzó su rifle y apuntó. Un momento después, comprendiendo que la culpa de su destino la tenía él, bajó el cañón y la cabeza.

La caravana partió y él quedó solo, como un punto perdido en la inmensidad de la pradera, cuyas alimañas observaban al hombre desde mil rincones ocultos, esperando su momento.

En la distancia, los caballos de los shoshones pateaban impacientes.

CAPÍTULO XII

LA PRADERA DEVUELVE A UN HOMBRE



ERO las cosas sucedieron de muy diferente modo al pensado por Búffalo Bill y los demás miembros de la caravana.

Llevaban dos días de marcha, cuando apareció una nube de polvo en el horizonte. Cody miró por el catalejo.

—Son indios —notificó—, pero pocos. No es necesario tomar medidas especiales.

Rato después, el pequeño grupo de indios alcanzaba la caravana. Los colonos permanecían a la expectativa, con las armas dispuestas.

Cody advirtió que los recién llegados componían una banda extraña, integrada por indios huídos de sus reservas o blancos renegados, gente sin entrañas, fuera de la ley, que vivía del robo y del asesinato.

Del grupo se destacó un individuo con el torso desnudo y con calzones de ante. Como detalle original, llevaba un gorro fabricado con la testuz de un bison, cuyos cuernos le hacían parecer un monstruo de pesadilla.

—Yo ser gran jefe —dijo, dirigiéndose a Búffalo Bill—. Te conozco. Eres «Pa-he-has-ka». Yo «Arco Largo».

Cody había oído hablar de él. Era un apache. Se le conocía por sus crímenes y saqueos.

—¿A qué has venido? —le preguntó Búffalo Bill.

—Quiero «agua de fuego» —exigió «Arco Largo».

—No —respondió enérgicamente Bill:—. El «whisky» os volverá locos y será vuestra perdición.

—¡Quiero el «agua de fuego»! —insistió el indio, ferozmente.

—¡No! —repitió Cody—. Ya puedes irte.

Los ojos de «Arco Largo» brillaron con ira. Hizo girar a su caballo y se alejó. Se volvió de nuevo, lanzó un grito salvaje, y lanzó su caballo a galope, siendo seguido por los miembros de su cuadrilla.

Mientras Cody lo contemplaba alejarse preocupado, hizo con la mano la señal de partir y la caravana se puso en marcha.

Los temores de Bill no eran vanos. Conocía a «Arco Largo» y a los de su calaña, y sabía que el furor que había demostrado ante él no se quemaría en meras llamaradas de sus ojos. Tarde o temprano, se tomaría el desquite. Además, deseaba «whisky» y en la caravana lo había.

Su vaticinio se cumplió mucho antes de lo esperado.

Esperaba, de un momento a otro, llegar al río Viento, y cuando cruzaba un desfiladero estrecho, encajonado entre montañas, la caravana se vió atacada desde las alturas. Se oyeron varios disparos y dos hombres se desplomaron de sus carros. El lugar que «Arco Largo» había elegido para atacar era inmejorable. La caravana apenas si se podía defender.

Dándose cuenta de lo peligroso de la situación, Cody recorrió los carros, arengando a la gente.

—Podemos salvarnos, si realizamos una acción rápida y serena —exclamó—. ¡Fórmense de dos en dos y salgamos a la carrera de este agujero!

Sus órdenes se cumplieron al instante. Las carretas formaron dos filas y aumentaron su velocidad. Los conductores agitaban sus látigos en el aire y azotaban sin compasión los lomos de los caballos y mulos, que tiraban de los pesados carromatos valientemente, haciendo que sus toscas ruedas salvaran las innumerables piedras que sembraban el camino del desfiladero. Los ejes y todas las maderas de los pesados vehículos de las praderas crujían como si fuesen a romperse de un momento a otro. Los hombres que no sujetaban riendas empuñaban rifles y disparaban al enemigo oculto. Era una carrera a muerte hacia la vida.

Por fin, en el momento en que un numeroso grupo de indios penetraba en el desfiladero, los primeros carros salían de él. La pradera se extendió ante ellos. A lo lejos, se divisaba el río Viento.

No tardaron los perseguidores en alcanzar al convoy y en situarse a sus costados. Cody cabalgaba en cabeza, galopando

desesperadamente, en su afán de que los carros le siguieran. Un indio logró acercarse a un pescante, saltó de su caballo y, apoyando sus pies en el carro, atravesó con su cuchillo el cuello del conductor. Del interior del vehículo, salió un disparo y el salvaje rodó por el suelo, siendo aplastado por las ruedas de los carromatos que venían detrás.

A veces, era un grupo de indios el que asaltaba un carro y pasaba a cuchillo a todos sus ocupantes.

Pero los hombres de «Arco Largo» sufrían también pérdidas considerables. Bien parapetados en los carros, los colonos diezmaban sus filas. Cody corría de un lado a otro, animando a todos y ayudando con su infalible puntería a quienes lo necesitaban. Se vió atacado por varios salvajes; derribó a uno de un tiro de rifle, a un segundo de un certero culatazo y, al último, con su cuchillo, con el que le asestó un certero golpe.

Libre de ellos, Cody empezó a buscar entre los atacantes a su jefe «Arco Largo». Si acababa con él, la persecución concluiría. Su aguda vista recorrió, uno a uno, todos los jinetes que rodeaban a la caravana. De momento, no vió a «Arco Largo», pero sí a alguien a quien no esperaba ver allí: Meade. La sorpresa le dejó paralizado.

Seguramente, al huir de los shoshones, pensó, se habría topado con «Arco Largo» y los suyos, quienes le pondrían a buen recaudo, libre de las iras de los guerreros de «Oso Negro». Luego, Meade pasó a integrar la banda de «Arco Largo». Con el whisky del blanco, los indios se habían convertido en fieras.

Con un grito de rabia Cody dirigió su caballo hacia él. En aquel momento, un indio arrojó un pedazo de estopa encendida sobre la capota de una carreta, que empezó enseguida a arder. Sus ocupantes trataron de sofocar el fuego, pero Bill les gritó.

— ¡Ocúpense sólo en alcanzar el río! ¡Corran, corran! Luego tendrán toda el agua que necesiten.

Al verle llegar como una tromba, Meade apuntó su revólver con cuidado y disparó. La bala pasó silbando junto a una oreja de Cody. Meade perdió el dominio, al ver fracasado su intento de acabar con su enemigo. Volvió grupas a su caballo y huyó. Cody fué tras él. Su caballo era infinitamente superior al del renegado. Pronto le dió alcance. De un salto, cayó sobre su espalda. Ambos rodaron por el suelo.

Bill, cuchillo en mano, logró reducir a su adversario, sen-

tándose sobre su pecho. Alzó el cuchillo. Su mirada despedía fuego.

—¡No! —gimió el traidor.

Pero la furia de Cody era incontenible. De un golpe acabó con el traficante de «whisky».

Cuando se levantó pudo ver como algunos carromatos habían ya alcanzado la ribera del río Viento, en donde se estaba librando una feroz batalla. Los indios lanzaban su último y desesperado ataque para reducir la caravana. De un salto, Cody subió a su caballo y corrió hacia el río. Durante el corto trayecto, fué testigo de un duelo que decidió la suerte del convoy. Se desarrollaba dentro de la corriente y sus protagonistas eran «Arco Largo» y un colono joven, extraordinariamente robusto, un gigante rubio de músculos de titán. El jefe indio se lanzó sobre él «tomahak» en mano, pero el muchacho esquivó el ataque y, rápidamente, cogió a su agresor por la cabeza y, con una sola mano, sepultóla en el agua. «Arco Largo» forcejó angustiosamente, pero el colono siguió firme con su presa. Pasó un minuto, y el indio, agotado y casi asfixiado, cedió en sus esfuerzos. Una burbuja de aire reventó en la superficie. En ese momento, un guerrero se arrojó sobre el colono, por la espalda, y lo hubiera matado fácilmente, de no haber intervenido Cody. En plena carrera de su caballo, apuntó con su rifle, disparó, y el indio se hundió en el agua, tiñéndola de rojo. Momentos después, eran dos los cuerpos que la corriente arrastraba. El joven gigante y Cody sonrieron y se felicitaron mutuamente.

Al ver a su cabecilla muerto, los demás indios huyeron cobardemente. Cesaron los disparos y el escenario quedó en silencio. Los salvajes habían sufrido graves pérdidas, pero también los colonos. Se necesitaron cuatro días para reparar las averías de los carros, enterrar a los muertos y curar a los heridos. Algunos de estos murieron.

Transcurrido ese tiempo, la caravana, con nuevos ánimos, se puso en marcha. No bien lo hubo hecho, cuando topó con una nutrida manada de búfalos. ¡Su ausencia durante las semanas anteriores había motivado aquel desastre! Cody, rifle en mano, se dirigió hacia ellos. Los que le vieron aseguran que jamás cazó búfalos con tanto ardor.

CAPÍTULO XIII

BUFFALO BILL, ACTOR



AN transcurrido varios años. Con el Oeste ya casi vendido y los indios en las reservas, la vida de Cody entró en una fase pacífica. Para ganarse la vida, decidió explotar un rancho. Pero el comercio no era su fuerte y, después de épocas de abundancia, llegaban otras de penuria. Cuando sentía su bolsa llena, derrochaba el dinero y ayudaba a sus amigos, con la misma liberalidad con que en otros tiempos entregara su cuerpo a todos los

riesgos y padecimientos.

En una de sus épocas de crisis, pensó en dar forma a una idea que, desde hacía tiempo, le bullía en la cabeza: escribir una obra sobre el Oeste y representarla, con él de protagonista. Muy ilusionado con el propósito, contrató a un escritor, quien, siguiendo sus indicaciones compuso una obra teatral que reflejaba lo que era el auténtico Oeste. La compañía la formaban el propio Cody y varios indios y «frontiermen» verdaderos, sacados el día anterior de las llanuras.

El singular conjunto, después de algunas vacilaciones iniciales (confesaron todos sus miembros temer más al público que a los peligros del Oeste), triunfó plenamente, recorriendo todas las ciudades y pueblos norteamericanos por espacio de cinco años. La fama de Cody aumentó de modo extraordinario. Se convirtió en el ídolo de la nación. Los editores, presintieron un fabuloso negocio, editaron sus aventuras, cuya veta alcanzó cifras gigantescas.

Todo ello no era obstáculo para que, si recibía un aviso urgente de sus amigos de las llanuras, tanto de las compañías

de carretas como del ejército, abandonara el espectáculo y, con los mismos compañeros actores, se dirigiera rápidamente al lugar desde el que le requerían, y participara en una lucha verdadera, en la que, tanto él como el resto de la compañía, se comportaban valientemente, considerando, acaso, que aquello era una especie de ensayo de lo que deberían representar en las tablas, quizá al siguiente día.

Una vez que todos los contratos fueron cubiertos, Búfalo Bill pasó unos días en Nueva York, donde se convirtió en el personaje del momento, al pasear por la Quinta Avenida y Broadway su típica indumentaria, su larga cabellera y su barba, blancas, y sus armas.

Después se retiró de nuevo al Oeste, a su granja. Pero el público le llamaba. Por aquella época, escribió mucho. Su mayor éxito lo constituyó el libro titulado «Salvaje Oeste». Alentado por sus anteriores triunfos teatrales, pensó en llevar a la escena el libro. Lo que se proponía era algo fuera de lo corriente.

Para esa empresa, se requería un escenario de tales proporciones que sólo la enorme pista de un circo podía satisfacer la exigencia.

Después de salvar muchas dificultades pudo realizar su sueño dorado de componer un espectáculo grandioso, en el que tuvieran cabida los asaltos a las diligencias, la epopeya de las caravanas en la pradera, la batalla por el oro, la vida en el desierto americano, la guerra con los indios, los esfuerzos de los colonos en sus granjas y las demostraciones de su excelente puntería.

Lo más curioso del espectáculo lo constituía el que en él tomaban parte indios que, no muchos años antes, habían perseguido a Búfalo Bill y habían disparado contra él, ansiando sobre todas las cosas apoderarse de su cabellera. Este realismo que llevó a la escena, le valió los mayores triunfos.

«Salvaje Oeste» se representó también en las grandes ciudades europeas: París, Roma, Viena, Barcelona, Bruselas, Londres, Copenhague y Berlín, aclamaron el nuevo espectáculo que les ofrecían aquellos cientos de actores rudos y diestros en el manejo del revólver, el lazo o las flechas, y hábiles domadores de salvajes caballos, conociendo, gracias a ellos, aquel extraño mundo desconocido en Europa. En noviembre de 1913, Cody, el coronel Cody, pues había alcanzado tal graduación en el ejér-

cito, se retiró de la vida teatral. Con una fortuna de tres millones de dólares buscó descanso en su rancho de Wyoming. Pero no pudo permanecer mucho tiempo en él. Su vida había sido acción constante y, ni ahora, en la vejez, se resignaba a la paz. Montó un nuevo espectáculo y se lanzó al mundo de nuevo. Pero los públicos habían perdido interés por él; su época había pasado. Se arruinó. Pero su indomable espíritu no se doblegó. Consiguió que le contrataran como primer actor de un espectáculo circense. Empezó con éxito, pero aquello de lo que jamás se había preocupado, de su cuerpo, le avisó que había llegado su hora postrera. Durante setenta y dos años había hecho trabajar a su naturaleza a vertiginoso ritmo. Era natural que, al fin, desfalleciera. Pero hasta en su última jornada dió Cody pruebas de su bravura y fortaleza.

—¡No os va a ser fácil acabar con este viejo «scout»! —exclamó, irguiéndose en su lecho a duras penas, dirigiéndose a los médicos que le contemplaban asombrados de su vitalidad.

Poco después, perdió el conocimiento y ya jamás lo recuperó. Cupo a la muerte el honor de haber vencido por primera vez a aquel héroe de la frontera. Era el 10 de enero de 1917.

La noticia de su fallecimiento recorrió el mundo. Todos los periódicos publicaron extensas informaciones acerca de su vida agitada y temeraria. Denver, la ciudad donde murió, organizó funerales en su honor.

Todo lo relatado en este libro acerca de las fabulosas hazañas de Búffalo Bill es auténtico. Y es necesario, para calibrar al personaje objeto de estas líneas, al darse cuenta de que lo que tantas veces, en novelas o cine, se ha leído o visto, ofrecido como fantasía, en el caso del coronel Cody fué verdad. La imaginación de los creadores de argumentos sensaciones acerca del Oeste norteamericano de aquella época, jamás conseguirán superar, con sus obras, la emoción auténtica que encierran los incidentes de la vida fronteriza de Búffalo Bill, cada uno de los cuales es capaz de servir de base a todo un tema. Y fueron tantos, que este libro ha sido incapaz de abarcarlos todos. Willian Cody parece escapado de las páginas de una publicación de aventuras. Su vida fué toda ella una aventura que tuvo por escenario el Oeste, ese Oeste primitivo y salvaje que murió cuando su mejor intérprete desapareció.

PIDA VD. ESTA COLECCION EN TODAS LAS LIBRERIAS



Quo Vadis.



MIGUEL STROGOFF

COLECCION FELICIDAD

PUBLICACION JUVENIL



ROBINSON CRUSOE



BEN-HUR